

# Castelvines y Monteses

Félix Lope de Vega y Carpio



1647

Exportado de Wikisource el 26 de octubre de 2024

## Índice

- [Elenco](#)
- [Jornada 1](#)
- [Jornada 2](#)
- [Jornada 3](#)

## **Los que hablan en ella son los siguientes:**

ROSELO, caballero  
ANSELMO, caballero  
OTAVIO, caballero  
ANTONIO  
TEOBALDO  
FABRICIO  
JULIA, dama  
DOROTEA, dama  
FABIO, máscara  
CELIO, máscara  
MARÍN, criado  
LIDIO, criado  
FESENI  
CELIA  
UN CAPITÁN  
EL SEÑOR DE VERONA  
LUCIO  
TEODORO  
EL CONDE PARÍS  
RUTILO  
FERNANDO  
MUSICOS  
SILVIA, dama  
BELARDO  
LORETO

GUARDIA  
TAMAR  
CRIADO

## Jornada I

Salen ANSELMO y ROSELO, caballeros; MARÍN,  
criado.

ANSELMO:

Árdese la casa toda  
de fiesta y de regocijo.

ROSELO:

¿Casa alguna hija o hijo?

ANSELMO:

O es el concierto, o la boda.

ROSELO:

Ve por tu vida, Marín,  
y entra al descuido.

MARÍN:

¡Harto bien!,  
¿porque en colación me den  
las exequias de mi fin  
en casa de tus enemigos,  
me mandas entrar a ver?

ROSELO:

¿Pues quién te ha de conocer?

MARÍN: Para mal, siempre hay testigos,  
son gente cruel y fiera  
los del bando Castelvín.

ROSELO:  
Tú, lindo gallina, en fin.

MARÍN:  
Pluguiera a Dios que estuviera  
junto el bando de esa gente,  
y en aquesta calle armada,  
y yo con capa y espada  
contra todos solamente,  
que tú vieras si de alguna  
hubiera hazañas tan ciertas;  
pero coger entre puertas,  
eso es desgracia perruna.

ANSELMO:  
Si tienes tanto deseo  
de ver aqueste festín,  
donde el bando Castelvín  
junto y con cuidado veo,  
ponte una máscara y entra;  
pensarán que eres pariente.

ROSELO:  
¿Y podré seguramente?

ANSELMO: Podrás, si nadie te encuentra  
que quiera saber quién eres.

ROSELO:  
Entremos, Anselmo, allá.

ANSELMO:  
Hecha un paraíso está  
de hermosísimas mujeres;  
pero el peligro es notable,  
porque del bando Montés  
tu padre cabeza es,  
y aun no sufre que se hable  
desta gente en su presencia,  
cuanto más verla en su casa,  
que luego en furor se abrasa,  
sin modestia y sin paciencia.  
Pues Antonio, donde agora  
se celebra este festín,  
es cabeza Castelvín,  
que en estos bandos adora  
y aborrece vuestras vidas.

ROSELO:  
Basta, que el cielo reparte  
en la una y en la otra parte  
dos cosas bien conocidas.  
A nuestro bando Montés  
ha dado valientes hombres,

de tan excelentes nombres  
como en las historias veis;  
y en el de los Castelvines,  
mujeres de tal belleza,  
que hurtó la naturaleza  
la estampa a los serafines.

Pienso que si se juntaran  
los bandos, por casamientos  
de su venganza dejaran  
tuviera la Italia envidia  
de los hombres de Verona.

MARÍN:

No solo en cualquier persona  
me cansa, enoja y fastidia  
ver el odio que en vosotros  
es causa de tantos yerros.  
Pero el ver que hasta los perros  
se muerdan unos con otros,  
que es ver salir de las puertas  
Monteses y Castelvines,  
bravos gozques y mastines,  
las bocas de furia abiertas;  
que si los dientes sutiles  
espadas pudieran ser,  
bastaban a enriquecer  
por horas los alguaciles.

No hay hombre que sin carlanca  
traiga su alano valiente;



que parece linda muerte  
sobre la piel negra o blanca;  
pues los gatos, tan airados  
andan en sus bandos juntos,  
que hacen campaña por puntos  
las cocinas y tejados.

Si maúllan, es por fin  
de declarar su interés,  
porque unos dicen Montés,  
y otros dicen Castelvín.

Hasta en los gallos se ve  
de aquestos bandos la furia,  
porque tienen por injuria  
que alguno cantando esté.

Y con tantos intereses,  
que si un Castelvín primero  
comienza en su gallinero,  
responden treinta Montesés.

ROSELO:

Tus discursos son muy propios  
de tu ingenio y condición.

MARÍN:

Los tuyos pienso que son  
harto más locos y impropios,  
pues en casa van a entrar,  
donde están mil enemigos,  
que de pasados castigos,

en ti se pueden vengar,  
que si estos discursos hago,  
es por solo entretenerte.

ROSELO:

Pues yo, Marín, de otra suerte  
mi condición satisfago.

Desprecio lo que es posible,  
lo difícil apetezco.

Anselmo, si algo merezco,  
con tu prudencia invencible,  
pierde esta vez de su humor  
y acompaña el loco mío,  
porque la sangre y el brío  
son temerario furor.

Dos ropas nos vestiremos,  
con dos rostros de Ferrara,  
y en la parte menos clara  
de la sala nos pondremos.

Ven, que en tanta confusión  
no seremos conocidos.

ANSELMO:

Los rostros y los vestidos  
nuestro pasaporte son.

Vamos, que a ti la hermosura  
de las damas te ha imitado.

ROSELO:

Y la privación me ha dado  
ánimo a tanta locura.

ANSELMO:

De tu condición lo creo.

MARÍN:

Mas, ¿que vuelves con disgusto?

ROSELO:

Los peligros en el gusto  
despiertan siempre el deseo.

(Éntrese y salga la música del festín, ANTONIO y  
TEOBALDO, viejos hermanos, las damas que puedan,  
JULIA, hija de ANTONIO, y OTAVIO de TEOBALDO.)

ANTONIO:

Aquí estaremos mejor,  
por el calor de allá dentro.

OTAVIO:

Yo prima, ni salgo, ni entro,  
todo es un mismo calor.

JULIA:

A falta de algún galán,  
favor me queréis hacer.

OTAVIO: Favores he menester.

JULIA:  
¿Y estas damas no os lo dan?

OTAVIO:  
¿Cómo, si no se los pido?

JULIA:  
Pues pedídselos.

OTAVIO:  
No quiero,  
por querer donde no espero  
ser para siempre admitido.

TEOBALDO:  
Tomad asientos aquí.

ANTONIO:  
¿Cuáles están nuestros hijos?

TEOBALDO:  
No fueran los regocijos  
menos buenos para mí,  
si pudieran ser casados.

ANTONIO:  
Primos son, bien pueden ser,  
y bien lo pueden hacer,

hermanos tan concertados.

(Dos máscaras: CELIO y FABIO.)

CELIO:

¿Hay licencia de danzar?

ANTONIO:

¿Por qué no, si vós queréis?

CELIO:

Danzemos.

FABIO:

¿Qué danzaréis?

CELIO:

Con los ojos un mirar,  
una mudanza que veo,  
que en el alma el son me toca;  
unas quejas con la boca  
y un favor con el deseo.

(Entren con máscaras ANSELMO, ROSELO y MARÍN,  
de mascara graciosa.)

ANSELMO:

¿Máscaras hay por acá?

MARÍN:

Siempre por acá es lenguaje  
de danza.

ROSELO:

La voz se baje.  
Pienso que danzaron ya,  
y se han salido al jardín  
solo a hablar.

ROSELO:

Brava hermosura,  
así Dios me dé ventura,  
que sois cielo, Castelvín.  
Perdono todo el rigor  
que con la leche me han dado  
los padres que me han criado.

ANSELMO:

¿Quién te parece mejor?

ROSELO:

La que habla aquel dichoso  
que mereció lugar.

ANSELMO:

Tú puedes también hablar.

ROSELO:

¡Qué rostro tan enfadoso!

ANSELMO:

¿La máscara te has quitado?

ROSELO:

No reparé en lo que hacía.

ANSELMO:

Póntela presto.

ROSELO:

Sería  
dar a esta gente cuidado,  
que imaginas en traición.  
Mejor es estarme así.

ANSELMO:

Ya te han visto.

ROSELO:

Necio fui.

ANSELMO:

¡Qué notable confusión!

ANTONIO:

¿Hay mayor atrevimiento?  
¡Roselo en mi casa!

TEOBALDO: Oíd.

ANTONIO:

¿Qué he de oír?

TEOBALDO:

Solo advertid  
lo que deste mozo siento  
que es una noble llaneza,  
y que con su poca edad  
no siente la enemistad  
que es en el naturaleza,  
y es señal que no ha tenido  
odio jamás a esta casa,  
pues sabiendo lo que pasa,  
a donde veis, ha venido.

ANTONIO:

¿No puede venir armado  
y intentar una traición?

TEOBALDO:

Eso es hablar con pasión,  
de noble el mancebo ha entrado,  
sin reparar si era error,  
estando junto un linaje.

ANTONIO:

¿Y no es de mi casa ultraje?



TEOBALDO:

Antes me parece honor.

ANTONIO:

Yo lo juzgo de otra suerte,  
y le quisiera matar.

TEOBALDO:

Pues yo no os pienso ayudar  
a hacer tan cobarde muerte.

Este, como simple azor,  
se ha entrado en el palomar  
a ver si puede cazar  
algunas aves de amor.

No alborotéis a Verona,  
ni el bando resucitéis.

ANTONIO:

Mucha prudencia tenéis.

TEOBALDO:

La edad  
Antonio me abona,  
y si tenéis hija aquí,  
yo también.

ANTONIO:

Por vós le deajo.

TEOBALDO: Lo que importa os aconsejo.

ANSELMO:  
¿Qué miras?

ROSELO:  
Mi muerte vi.

ANSELMO:  
No dices mal, pues mirando  
con tanta contemplación,  
ha dado justa ocasión  
a los del contrario bando  
para que te den la muerte.

ROSELO:  
Con mucho sosiego están.

ANSELMO:  
Por ventura juzgarán  
tu necedad de otra suerte.

ROSELO:  
Déjame, Anselmo, que vea  
aquel ángel celestial,  
y sucédame tan mal  
como esta gente desea;  
que si es fuerza que la vida,  
para llegar hasta el cielo,  
se ha de perder en el suelo,

la muerte es justo que pida,  
si matan los Castelvines,  
con basiliscos mirando.  
¡Oh, quién fuera de su bando!

ANSELMO:

No me espanto que te inclines  
a tan debida hermosura.

ROSELO:

¿No es bella?

DOROTEA:

¡Qué hermoso talle  
de mancebo!

ROSELO:

Cuando calle  
mi temor, mi amor procura,  
Anselmo, hablando por mí,  
dará a entender mi pasión,  
que estos mis contrarios son.

ANSELMO:

Bien haces, piénsalo así.

JULIA:

Si el amor se disfrazara,  
para disfrazar su hecho,  
pienso que deste mancebo,

el talle y rostro buscara.

Y yo pienso que amor es,  
que para quitar la paz  
viene con este disfraz.

ROSELO:

¡Ay, cielos, que fui Montés!  
¿No fuera yo Castelvín?  
¿Tanto le costaba al cielo?

JULIA:

Entre las flores del suelo  
de aqueste verde jardín,  
el abril debe de haber  
resucitado a Narciso.

ROSELO:

Si aqueste es el paraíso,  
¿mi bando que viene a ser?  
Claro está, pues es contrario,  
que es el infierno, por fuerza.  
Amor, mi temor esfuerza.  
Loco soy, soy temerario,  
creo que me he de atrever.

JULIA:

¡Oh, si se llegase a mí,  
que de cuantas hay aquí,  
más lo pienso agradecer!

DOROTEA:

Mi hermano con Julia está,  
sin duda que a mí se llega  
la máscara.

ROSELO:

El amor me ciega,  
y el mismo me alumbra ya.

JULIA:

¡Ay, mancebo, si yo fuese  
tan dichosa!

DOROTEA:

¡Ay, si tomase mi lado!

JULIA:

Ay Dios, si llegase.

DOROTEA:

Ay Dios, si amor me tuviese.

(Siéntese al lado de JULIA ROSELO y ANSELMO al de  
DOROTEA, y diga OTAVIO.)

OTAVIO:

Habrá parecido amor  
para enseñarme a querer,  
que había yo menester

tan cerca el competidor.

Mas en vano gasta el fuego,  
aunque está fresco el jardín.  
Perdóneselo, que en fin  
todos me dicen que es ciego.

ROSELO:

Aunque atrevimiento ha sido,  
señora, el haber tomado  
el lugar de vuestro lado,  
de mí tal mal merecido.

Bien me podéis perdonar,  
pues que vós tenéis la culpa,  
y para vuestra disculpa  
ya no me podéis culpar.

De vuestra rara hermosura  
mi atrevimiento nació.  
Ella misma me llamó,  
con su luz divina y pura.

Como mariposa anduve,  
alrededor de la llama,  
que para morir con fama,  
cobarde al principio estuve.

Di tornos al rayo hermoso,  
hasta que vine a tener  
atrevimiento de ser  
Faetón en morir dichoso.

Abrásame vuestro cielo,  
que más estimo a este lado

morir, señora, abrasado,  
que vivir conmigo en yelo.

Y no os parezca mi bien  
atrevimiento y locura,  
que si es rayo la hermosura,  
su efeto es rayo también.

Presto digo lo que os quiero,  
presto me siento mortal,  
no es mal sino mata el mal,  
bien puedo hablar,  
pues hoy muero.

JULIA:

Tierno la máscara viene,  
razones fingidas son.

OTAVIO:

No habla como es razón,  
pues ya quitada la tiene.

ROSELO:

Como máscara he tenido,  
Otavio, este atrevimiento,  
que solo el calor que siento  
me puede hacer atrevido.

Si os canso, levantareme.

OTAVIO:

Bien podéis, si gusto os da.

JULIA:

¿Para qué? Bien estará  
junto a vós, si el calor teme,  
que de lo que a mí me heláis,  
le podré helar de tal modo  
que le vuelva en yelo todo.

OTAVIO:

Prima, mirad como habláis.

JULIA:

Favorezco a un hombre extraño,  
porque a vós no es menester.

OTAVIO:

Sí, mas no me habéis de hacer  
por tan vuestro, tanto daño;  
que si pierdo el bien, creed  
que no le quiero sin vós;  
y hareme extraño, por Dios,  
para que me hagáis merced.

ROSELO:

Señora, si yo he tenido  
la culpa, ireme de aquí.

JULIA:

¿Dónde?



ROSELO: A entretenerme allí.

JULIA:  
Estáis mal entretenido.

ROSELO:  
No lo puedo estar mejor;  
pero si soy descortés...

JULIA:  
Nunca es descortés el que es  
digno de hacerle favor;  
estaos quedo, y ojalá  
que este necio se enojase,  
de suerte que nos dejase.  
Otavio, llégate acá.

OTAVIO:  
¿Qué me tengo de llegar,  
si al otro lado te vuelves?

JULIA:  
Presto a enojos te resuelves.  
Mas quiero contigo hablar.

(Vuélvese a él, y da la mano al otro.)

OTAVIO:  
¡Agora sí que me pagas!

El enojo que tenía,  
te perdono.

ROSELO:

¡Oh, mano mía!

JULIA:

Quiero que te satisfagas  
de que pues mi atrevimiento  
llega a no mirar mi honor,  
no puedo hacerte favor  
de más encarecimiento.

(Adviértase que JULIA hable con OTAVIO, pero la intención y señas sean con ROSELO, y él lo mismo, pero OTAVIO piense que es por él.)

ROSELO:

No ha menester quien le brinde  
el que a beber se resuelve.

JULIA:

El que las espaldas vuelve,  
a su enemigo se rinde.

OTAVIO:

Cuando tú me las volvías,  
y a mi enemigo la cara,

no era mucho que pensara  
Julia que me aborrecías.

JULIA:

Aborrécote de modo  
que todo por ti lo dejo.

OTAVIO:

Señora, ya no me quejo.

ROSELO:

Bien por mí lo dice todo.

JULIA:

Esto de no poder más  
obliga a descortesías.

OTAVIO:

Ya entendí yo que lo hacías,  
por el lugar en que estás.

JULIA:

Bien tienes que agradecerme,  
aunque te parezca poco.

OTAVIO:

Digo que me vuelvo loco.

ROSELO:

Notable favorecerme.

JULIA:

Si aquí me dieran lugar,  
tú vieras mi atrevimiento.

OTAVIO:

¡Bien haya mi pensamiento!

ROSELO:

¿Hay tal manera de hablar?

JULIA:

Grande es la fuerza de amor.

OTAVIO:

¡Tanto bien, tras tal desprecio!

ROSELO:

Habla conmigo, y el necio  
piensa que le da favor.

JULIA:

En mi vida, Otavio, vi  
cosa que más agradase.

OTAVIO:

Mil veces amor me abraza.

ROSELO:

Todo lo dice por mí.

JULIA:

No te parezca que ha sido  
libertad este favor.

OTAVIO:

No hay liviandad en amor.

ROSELO:

No soy yo tan atrevido;  
que de la suerte que yo  
te quise cuando te vi,  
pudo sucederte así.

JULIA:

Mucho el verte me agradó.  
Eres gallardo y galán.

OTAVIO:

Seré un ángel si me quieres.

ROSELO:

Espejo a lo menos eres,  
adonde sus rayos dan,  
que aunque dan agora en ti  
porque del sol estoy lejos,  
salen de ti los reflejos  
y queda la luz en mí.  
Presumes que el sol me asombra  
porque le tienes enfrente,

pero como es transparente,  
ni tiene espaldas, ni sombra.

JULIA:  
¿Quién me quiere bien?

OTAVIO:  
Yo.

ROSELO:  
Yo.

JULIA:  
¿De quién soy?

OTAVIO:  
De mí.

ROSELO:  
De mí.

JULIA:  
¿Serás tú mío?

OTAVIO:  
Sí.

ROSELO:  
Sí.

JULIA: ¿Y negaraslo?

OTAVIO:  
No.

ROSELO:  
No.

JULIA:  
¿Verasme?

OTAVIO:  
Veré.

ROSELO:  
Veré.

JULIA:  
¿Tarde es bien?

OTAVIO:  
Mejor.

ROSELO:  
Mejor.

JULIA:  
¿Quién te guía?

OTAVIO:

Amor.

ROSELO:

Amor.

JULIA:

Ven solo.

OTAVIO:

Sí haré.

ROSELO:

Sí haré.

JULIA:

¿Esperaré?

OTAVIO:

Espera.

ROSELO:

Espera.

JULIA:

¿Será cierto?

OTAVIO:

Cierto.

ROSELO:



Cierto.

JULIA:

¿A qué parte?

OTAVIO:

Al güerto.

ROSELO:

Al güerto.

JULIA:

Calla.

OTAVIO:

Aunque muera.

ROSELO:

Aunque muera.

OTAVIO:

Paréceme que he sentido  
el eco de mis razones.

JULIA:

Serán imaginaciones.

ROSELO:

Todo lo tengo entendido.

JULIA: No me espantan tus recelos,  
ni me agravia tu temor,  
que de las voces de amor  
siempre son ecos los celos  
Y aunque la voz se reparte,  
por haber más gente aquí,  
como sale y topa en ti,  
resurte el eco a otra parte.

OTAVIO:  
En fin, Julia, que los celos  
son ecos de amor.

ANTONIO:  
Ya es tarde.

(Pone JULIA a ROSELO un anillo en la mano que le  
tiene.)

JULIA:  
Guarde aqueste.

ROSELO:  
¿Que este guarde?

OTAVIO:  
¿Qué me das?

ROSELO:

¿Qué os debo, cielos?

JULIA:

Luego no me has entendido.

OTAVIO:

No, Julia.

JULIA:

Puse la mano  
en el corazón, que es llano,  
que te le ha dado y rendido,  
y por eso te decía:  
«guarda aqueste.»

OTAVIO:

Y dices bien,  
porque tus manos le den  
y le guarde el alma mía.

ROSELO:

Qué divina discreción,  
de oírla me maravillo.  
Dice que guarde el anillo,  
y él piensa que el corazón  
matome el entendimiento,  
si me rindió la hermosura.

ANTONIO:

Por ti he tenido cordura.

TEOBALDO:

Lo que te aconsejo siento.  
Cese la fiesta, que es tarde.

ANTONIO:

¡Hachas! ¡Hola!

TEOBALDO:

Guárdeos Dios.

ANTONIO:

Mañana hablemos los dos.

DOROTEA:

Prima, adiós.

JULIA:

El cielo os guarde.

(Todos se vayan y quédense allí JULIA y CELIA, criada; y adviértase que al salir ROSELO, se vayan él y JULIA mirando.)

JULIA:

Espérate Celia aquí,  
que tengo un poco que hablarte.

CELIA:

Bien tengo yo que contarte,  
y más si te importa a ti.

JULIA:

¿Has visto más gallardía  
que la de aquel gentilhomme  
que me habló?

CELIA:

¿Sabes su nombre?

JULIA:

No, mas saberle querría,  
porque en la vista primera  
hizo tal efeto en mí,  
que pienso que el galán fui,  
de atrevida y lisonjera.

Mas el oído que se ponen  
hechizos muchos mancebos,  
con que a pensamientos nuevos  
las más altivas disponen,  
y este sin duda traya  
algo destes, porque ya  
sin su vista no podrá  
sosegar el alma mía.

CELIA:

Buen lance habemos echado,  
pero no juzgues a hechizo

lo que este mancebo hizo,  
siendo en Verona estimado,  
por su talle y discreción,  
de las más hermosas damas,  
pero haz cuenta si le amas,  
que es tu misma perdición,  
porque este mozo es Roselo,  
hijo de Arnaldo, cabeza  
de aquel bando.

JULIA:

¡Qué tristeza!  
No me digas más, ¡ay, cielo!

CELIA:

Pues bien, ¿de qué es el pesar?  
¿No fuera mejor avisarte  
para que puedas guardarte,  
cuando te puedes guardar?

JULIA:

¿Cómo puedo?, que le di  
livianamente la mano.  
Pero, ¿cómo ese villano  
osó, Celia, entrar aquí?

CELIA:

A fe que vi yo tratar  
a los viejos de matalle,

y quiera Dios que a la calle,  
o le salgan a matar.

JULIA:

Escucha... ¡Válgame Dios,  
asómate! Mas no es nada,  
toda estoy alborotada...  
Y va solo.

CELIA:

Y otros dos.  
Pero Teobaldo, tu tío,  
sé yo que le reportaba.

JULIA:

¿Para qué este mozo entraba  
en casa? ¿Hay tal desvarío,  
hay tal locura? Y si entró,  
con máscara se estuviera;  
ni mi padre se ofendiera,  
ni me enamorara yo.

CELIA:

Calla, que es mayor locura  
decir que le quieres.

JULIA:

Quiero  
mi honor, ¡ay tirano fiero,

visto por mi desventura!

CELIA:

Pues tú, ¿qué honor has perdido,  
si aun la espalda le volvías  
en el estrado, y tenías  
a Otavio favorecido?

JULIA:

Con Otavio hablaba. ¡Ay, cielo!

CELIA:

¿Pues de qué triste te pones?

JULIA:

De que todas las razones  
las dije siempre a Roselo,  
de suerte que hablaba a Otavio  
y Roselo me entendía.

CELIA:

Todo el sarao lo sufría.  
No hay en el honor agravio.

JULIA:

Dile un anillo.

CELIA:

Es favor  
de fiestas.



JULIA:

Hice concierto  
que me viese en este güerto.

CELIA:

No verle.

JULIA:

Téngole amor.

CELIA:

Olvidalle, porque es hombre,  
que antes te darán a un moro  
tus padres.

JULIA:

¡Con qué decoro  
le hablara, a saber su nombre!  
¡Ha, qué mal que me atreví!  
No dudes, hechizos tiene,  
si él a verme otra vez viene,  
no sé que ha de ser de mí.  
Mañana, Celia, mañana  
le busca, y di que he sabido  
quién es, y di que le pido  
ya que he sido tan liviana,  
que no atraviese esta calle.

CELIA:

Yo lo haré, y cree que a mí  
me pesó cuando te vi,  
con tanto despejo hablalle.

JULIA:

¡Ojalá me lo dijeras!

CELIA:

Cayome, señora, al lado  
su criado.

JULIA:

¿Su criado?

CELIA:

Sí, por tu vida.

JULIA:

¿De veras?

CELIA:

Y te juro que si tiene  
talle y discreción el dueño,  
que el del mozo no es pequeño.

JULIA:

Mucho saber me conviene  
del mozo, si quiere bien  
Roselo en alguna parte.

Procura, Celia, informarte,  
que me va el honor también.

CELIA:

¿Para qué, si has de olvidalle?

JULIA:

¡Ah, sí!, ya no me acordaba,  
dile que inocente estaba,  
y que no pase esta calle.  
¿Pero qué puede dañar  
que sepas si quiere bien?

CELIA:

Eso es locura también.  
Déjale, señora, amar  
a donde le diere gusto,  
pues para ti no ha de ser.

JULIA:

¡Oh, qué enfadosa mujer!,  
siempre me ha de dar disgusto.  
¿Qué se te da que yo quiera,  
que no quiera a nadie?

CELIA:

Es cosa  
justa.

JULIA: ¿Otra vez, enfadosa?

CELIA:  
Ven, que la cama te espera.

JULIA:  
Ya no me quiero acostar.

CELIA:  
Iré a llamar a Roselo,  
que te lo ruegue.

JULIA:  
Consuelo  
me da el oírte nombrar.  
Ponte mañana el vestido  
con que ayer vi a Dorotea.

CELIA:  
Plega a los cielos que sea  
Roselo.

JULIA:  
¿Qué?

CELIA:  
Tu marido.

JULIA:  
¿No ves que no puede ser?

CELIA:  
Como eso puede el amor.

JULIA:  
Agora hablaste mejor,  
¡oh, qué discreta mujer!  
Y aprende deste disgusto,  
que no hay remedio importante  
para templar un amante  
como hablar bien de su gusto.

(Éntrense, y salga de camino FABRICIO, viejo padre de  
ROSELO, con un criado.)

FABRICIO:  
Quítame, Lidio, estas espuelas.

LIDIO:  
¿Vienes  
cansado de la villa?

FABRICIO:  
No me cansa  
la soledad del campo, que a Verona  
el cuidado me trae de mi casa,  
que a no ser por la hacienda y la familia,  
mejor estoy cazando en el aldea.  
Toma aqueste arcabuz.

LIDIO:

Mucho me pesa  
que vayas solo y vengas.

FABRICIO:

Mira Lidio  
donde le pones.

LIDIO:

Bien, bien cargado.

FABRICIO:

Si lo que trae en el cañón, tuviera  
Antonio Castelvín dentro del pecho,  
gozara agora más descansado el mío.  
¿Qué hay de mi hijo?

LIDIO:

Bueno está, a Dios gracias.

FABRICIO:

¿Estudia?

LIDIO:

Poco, pero no le faltan  
liciones virtuosas.

FABRICIO:

¿Qué?

LIDIO:

La esgrima,  
el caballo, y un poco de pelota.

FABRICIO:

¿Virtud llamas al juego?

LIDIO:

Entre los nobles,  
se tiene por virtud este ejercicio,  
como dados y naipes por mal vicio.

FABRICIO:

¿Sale de noche?

LIDIO:

Yo me acuesto luego.  
Su privanza es Marín; ellos se entienden.

FABRICIO:

Gran persona Marín. Yo te aseguro  
que no le lleve a que sermones oiga.  
¡Oh, qué de mujercillas que en mi  
ausencia  
habrán entrado en esta galería!

LIDIO:

Hasta que esté Marín en las galeras,  
la galería pasará trabajo.

FABRICIO: En faltando a una fuerte barbacana,  
entra quien quiera en ella fácilmente.  
Mi hijo es mozo, y temo que estos  
bandos,  
que saben que los ojos con que veo  
me los eclipsen dándole muerte,  
efeto fácil de la escura noche,  
que cubre las traiciones fácilmente,  
y se deleita en agradar la envidia.

LIDIO:  
Quitalle este Marín, que es el cabestro  
con que le lleva manso donde quiera.

FABRICIO:  
¿Y faltarale otro Marín tan malo?  
En los criados dice una experiencia  
toda mi vida.

LIDIO:  
¿Y es?

FABRICIO:  
Si no me engaño,  
aquel es el peor que entonces sirve,  
y más si ha mucho tiempo que está en  
casa,  
que entonces el señor es su criado,



y más si acaso sabe algún secreto,  
por no haber sido su señor discreto.

LIDIO:

Si el criado lo es, y bien nacido,  
mientras más sirve, más leal parece.

FABRICIO:

Lidio, yo quiero cautivar mi hijo;  
con esto pienso que estaré seguro,  
que no hay pasión para los tiernos años  
de más fuerza que un noble casamiento.  
Una de sus virtudes, que son muchas,  
es dar seso a los mozos.

LIDIO:

Mientras tenga  
al lado un socarrón como Marín,  
no haya miedo que baste el casamiento.  
Antes será peor.

FABRICIO:

¿De qué manera?

LIDIO:

Porque cualquiera libertad que haga  
siendo mancebo, esa disculpa tiene;  
pero si este Marín, que le conduce  
a casa de mujeres sospechosas,

casado, le cautiva con alguna,  
¿cuál andará su honor y el de su casa?  
Luego tendrás pendencia con sus suegros,  
luego andarás pagando mil deudillas,  
para que no se sepan sus flaquezas.  
Luego hallarás a su mujer llorando  
de celos de la libre mujercilla.  
Quitarale las joyas y vestidos;  
no comerá en su casa muchas veces,  
y cuando coma, será mal y tarde.  
Vendrá acostarse al alba, y la familia  
estará desvelada y afligida.  
Todo será pendencias y deshonoras,  
y más si pone alguna vez las manos  
en su mujer celosa, que es muy cierto,  
pues tenlo tú que es un infierno en vida,  
galera donde vive el alma asida.

FABRICIO:

¿Tanto podrá Marín?

LIDIO:

¡Y cómo tanto!

FABRICIO:

Algo te ha hecho a ti.

LIDIO:

Ya me espantaba

que no juzgases mal de mis consejos.

FABRICIO:

Malicias nunca faltan a los viejos.  
Yo, siempre que un criado se apasiona,  
en decir mal de otro pienso, y creo  
o que le quiere mal, o que le envidia.

LIDIO:

Eso será en las casas de los príncipes.

FABRICIO:

Donde quiera la envidia se entremete.

LIDIO:

¡Que tenga esta ventura un alcabuate...!  
Pero pienso que a mí me ha sucedido,  
diciéndote que sabe deste trato,  
lo que al juez que el alcabuate azota:  
que desde que le azota, le da fama.  
Tú, como todavía te enamoras,  
habrate parecido buen criado  
Marín para tus gustos.

FABRICIO:

No respondo,  
porque cansado estoy de ti, y del campo.

(Váyase.)

LIDIO:

Las verdades carecen de respuesta.  
Confieso mi pasión; mas todavía  
me obliga la lealtad que te debía.

(MARÍN entre.)

MARÍN:

Famoso Lidio, ¿qué hay desde que ha venido  
el gruñidor de casa?

LIDIO:

Y está en ella.

MARÍN:

¿Qué dice de su hijo?, ¿no pregunta,  
como suele, prolijas sutilezas?

LIDIO:

Pocas son, a sus voces, mil cabezas.  
Aquí me estuvo agora examinando.

MARÍN:

¿Preguntote de mí? Mas, ¿quién lo duda?

LIDIO:

Hartas cosas me dijo, mas yo a todas  
le respondí que no tuviese pena,

que mientras te tuviese por maestro,  
y trajese por ayo, bien podía  
dormir a sueño suelto, y confiado  
en tu virtud y buen entendimiento.  
Díjele los consejos que le dabas  
y cuántas ocasiones le quitabas.

MARÍN:

¡Bien haya el día que te di la mano  
de amigo, el vino que bebimos juntos,  
y las muchachas cuya limpia casa  
fue de aquella merienda campo ilustre!,  
pues yo te juro, Lidio, que no pierdas  
en las fianzas nada.

LIDIO:

A mí me basta  
cumplir con lo que debo a bien nacido.

MARÍN:

Hoy, por esta merced, quiero llevarte  
en casa de dos bellas forasteras,  
donde veras, con una guitarrilla,  
todo el donaire que despierta el gusto.

LIDIO:

Yo voy a ver agora si reposa  
nuestro cansado viejo, tu entre tanto  
prevén la casa.

MARÍN:

Haré cuanto me mandes.

LIDIO:

De hoy más hemos de ser amigos grandes.

(Váyase LIDIO.)

MARÍN:

Este es el mayor bellaco,  
envidioso y socarrón,  
que ha disfrazado traición,  
con el rosario y el saco.

Pero quien quiere vivir  
en paz en ajena casa,  
ha de sufrir lo que pasa,  
y ver, y callar, y oír.

Siempre ha de ser lisonjero,  
y hasta el mal agradecer,  
y para causar placer,  
hablador y chocarrero.

Poco obrar, y gran parola  
para no caer en mengua,  
y cuando alargue la lengua,  
ha de picar con la cola.

Esto del servir entiendo,  
y que es, en fuerza o voluntad,

el que tratare verdad  
medrará poco sirviendo.

(Sale ROSELO, y ANSELMO.)

ROSELO:

Nunca mayor desventura  
ha sucedido por hombre.

ANSELMO:

Este es su linaje y nombre.

ROSELO:

Mal empleada hermosura.  
¿Que de Antonio Castelvín  
este serafín nació?  
Engañome, pues me dio  
veneno en un serafín.

ANSELMO:

¿Para qué fuiste a su casa?

ROSELO:

Marín...

MARÍN:

En la tuya está  
tu padre.

Presto sabrá  
este furor que me abrasa.

MARÍN:  
Lindo desatino.

ROSELO:  
Estoy  
que pierdo el seso, Marín.

MARÍN:  
¿Sabes ya que es Castelvín  
tu dama?

ROSELO:  
Y que muerto soy.

MARÍN:  
En los principios no hay mal  
que el remedio dificulte.

ANSELMO:  
Harto temo que resulte  
algún desatino igual;  
y si toma mi consejo,  
ha de hacer cuenta que entró,  
y que una pintura vio,  
y que se vio en un espejo,  
que en quitándose de allí,  
no se ve más la figura.



ROSELO:

No importa si su hermosura  
truje retratada en mí,  
    que fue Julia espejo digo.  
Mas si la figura fui  
que en sus bellos ojos vi,  
esa me traigo conmigo.

ANSELMO:

Pues Roselo, no hay que hablar  
de querer esta mujer,  
que es echaros a perder  
y revolver el lugar.

    Advierte que si algún día  
pasases una vez sola  
por su calle, una pistola  
Castelvín te tiraría,  
    que las piedras y la casa  
se moverán y caerán  
sobre ti.

ROSELO:

No harán.

ANSELMO:

Sí harán.

ROSELO:

Qué mal sabes lo que pasa.

ANSELMO:

¿Yo qué tengo que saber,  
más de que eres su enemigo?

ROSELO:

¿De lo que pasa conmigo  
aquella hermosa mujer?

ANSELMO:

¿Qué te pudo a ti decir  
la que en su vida te vio?

ROSELO:

¡Ay!, que la mano me dio.

ANSELMO:

Como eso pudo fingir  
para que te den la muerte.

ROSELO:

Diome este anillo también.

ANSELMO:

Los ojos más ciegos ven  
que te engañó desta suerte.

ROSELO:

Quiere que por el jardín

la vea.

ANSELMO:

Bien digo yo,  
que para el jardín traje  
sobre Roselo tu fin.

ROSELO:

Eres un necio, pues ella  
no sabe con quien habló,  
solo el amor la obligó,  
como a mí el verla tan bella;  
y porque no me canséis,  
sabed que me voy a armar,  
que esta noche la he de hablar,  
aunque más me lo estorbéis  
Anselmo, si eres mi amigo,  
Marín, si eres mi criado,  
en esta locura he dado,  
y esto he resuelto conmigo,  
el que me quisiere bien.

ANSELMO:

Seguirete, aunque me pese,  
y aunque mil muertes me den.  
Pues que soy temerario,  
a tu lado moriré.  
Quien con tanto amor se ve,  
no tiene mayor contrario.

Poco hiciera yo en quererte,  
Julia, a ser amiga mía.  
Ojalá llegase el día  
que te obligase mi muerte.

(Váyanse, y entren OTAVIO, JULIA y CELIA.)

OTAVIO:

No te entiendo.

JULIA:

Ni yo a ti.

OTAVIO:

Mira prima, que he venido  
a lo que me has advertido.

JULIA:

¿Yo a ti?

OTAVIO:

Si, Julia, tú a mí.  
Y si es que no me aguardabas,  
¿qué hacías en el jardín?

JULIA:

Pienso que solo a este fin  
de enojarme, si llegabas.

OTAVIO: En el festín me dijiste:  
«Ven aquesta noche a verme».

JULIA:  
Primo, mi padre no duerme.  
Yo lo dije, y bien hiciste;  
sube a entretenerle un rato,  
haz que se acueste, y después  
verás, Otavio, si es  
contigo mi amor ingrato.

OTAVIO:  
¿Cumpliraslo?

JULIA:  
No hayas pena  
que niegue lo que prometo.

OTAVIO:  
Voy a entretenerle a efeto  
de que después de la cena  
no recoja, como suele,  
la familia.

JULIA:  
Aquí te espero.

OTAVIO:  
Haz sueño, que el más ligero  
ministro, a esta casa vuelve,

y la cubra de tu olvido.

JULIA:

¿Celia?

CELIA:

¿Señora?

JULIA:

¿Qué haré?

CELIA:

Que mientras tu padre esté  
con Otavio entretenido,  
desengañes a Roselo,  
si acaso viniere aquí.

JULIA:

¿Que le desengañe?

CELIA:

Sí.

JULIA:

Cruel sentencia; a amor apelo.

CELIA:

Cuánto sabe una mujer:  
del mismo competidor  
se vale para el favor

que, a quien ama, quiere hacer.  
A tu primo haces estar  
con tu padre entretenido.

JULIA:

Y entretengo a quien pretendo  
aborrecer y engañar.  
Si Otavio hablar me quitaba  
mi Roselo, estese allá.

CELIA:

Ruido he sentido.

JULIA:

Y ya  
el corazón me avisaba.

CELIA:

Con escala habrá subido.

JULIA:

¿Pues dónde la pudo asir?  
¡Oh!, plegue a Dios que al subir  
no caiga.

CELIA:

Si no ha caído.

JULIA:

Si escala la tapia iguala,

alta ha sido.

(Entre ROSELO, muy galán.)

ROSELO:

Aquí esperad.

JULIA:

Si fuera mi voluntad,  
no era menester escala.

ROSELO:

¿Podré, querida señora,  
llegar a verte?

JULIA:

Bien puedes  
con la modestia, que es justo,  
más que a quien soy, a quien eres;  
y antes, Roselo, que digas  
palabras tiernas, que suelen  
engañar nuestros oídos  
lisonjera y fácilmente  
(que las mujeres, en fin,  
aunque discretas y fuertes,  
son mujeres, y si escuchan,  
responden como mujeres),  
quiero que sepas que sé



quien eres, y que me duele  
tanto que quien eres seas,  
o que yo lo que soy fuese,  
que estoy perdiendo el juicio  
y maldiciendo mi suerte,  
pues soy de los Castelvines,  
como tú de los Monteses.  
Cuando en ti los ojos puse,  
siguióse amarte de verte,  
porque dicen en Verona  
las damas que lo mereces.  
Entonces te di licencia  
para hablarme y para verme,  
en fe de hacerte mi dueño,  
si igual a mis prendas fueses.  
Pero en sabiendo tu nombre,  
atrás el amor se vuelve,  
con el temor, que es razón  
de mi daño y de tu muerte.  
Hazme un favor, como noble:  
No que el anillo que tienes  
me vuelvas, no quiero digas  
que me arrojaba a quererte,  
sino solo que no hables,  
y por las mismas paredes  
te bajes, que estoy temblando,  
y pues no pierdes, me dejes.

ROSELO:

Sabe el cielo que lo hiciera  
si pudiera obedecerte,  
querida enemiga mía,  
luz del alma que aborreces.  
Mas, ¿cómo sera posible?,  
pues será fácil volverte  
el anillo y las palabras,  
y el saltar estas paredes,  
pero no dejaré de hablarte  
y decirte que no pienses  
que hay volver, si no hay peligro,  
ni amor, que sin él se esfuerce.  
Advierte pues, Julia mía,  
que también de oírte y verte  
te amé sin saber quién eras,  
tú sabes si lo mereces;  
y que cuando supe el nombre,  
y vi el peligro presente,  
amenazando mi cuello  
si este mi amor se supiese,  
procuré dejar de amarte,  
mas amor, que siempre ofrece  
industrias en imposibles,  
y no hay mal que no remedie,  
me dijo que no dejase,  
Julia mía, de quererte,  
pues de secreto, los dos,  
si el amor nos favorece,

bien podremos, Julia mía,  
bien, Julia mía.

JULIA:

Detente,  
detente pues; y no digas,  
Julia mía, tantas veces,  
que temo que harás en mí  
los efectos que quisieres.  
Que el nombre, en ajena boca,  
alegra, enternece y mueve.  
Mas di, ya que hablaste, cómo  
podrás hablarme y quererme.  
¿Qué intento llevas?, ¿qué fin?,  
¿qué procuras?, ¿qué pretendes?

ROSELO:

Que nos casemos los dos,  
luz mía, secretamente,  
en vuestra parroquia un día;  
que con quien hacer lo puede,  
yo tengo estrecha amistad;  
y si el peligro le ofende,  
bien podemos engañarle.

JULIA:

Tiemblo de oírte.

ROSELO:

¿Qué temes?

JULIA:

Mil desdichas.

ROSELO:

¡Ay, señora!,  
¿qué desdicha te detiene,  
si puede ser que estos bandos  
con tu casamiento cesen?  
Mira que por dicha el cielo  
nos provoca ocultamente  
a este amor honesto y santo,  
con que todos en paz quede.

JULIA:

¡Ay, sirena!, bien decía  
que no hablastes. Pero vete,  
no venga acaso mi primo,  
que a tu enemigo entretiene.  
No sé cómo me engendró  
para amarte.

ROSELO:

¿Qué resuelves?

JULIA:

Que iré a la iglesia que dices,  
si a quien nos case previenes,

que yo quise escucharte  
y no fui discreta sierpe.  
En taparme los oídos,  
bien es que los ojos cierre.  
Vete, pues que siento pasos.

ROSELO:

Voyme, pero no te quedes,  
porque a tu primo no hables.

JULIA:

Mira que de mí te acuerdes.

ROSELO:

Eso dices, plega a Dios  
que nunca mis cosas lleve.

JULIA:

No jures, que los que juran  
mucho del crédito pierden.

ROSELO:

¿Qué diré?

JULIA:

Que me deseas.

CELIA:

Señora mía, que vienen.

JULIA: ¿Quieres el pie?

ROSELO:  
Y aun la mano.

JULIA:  
Los brazos también.

MARÍN:  
Vete.

## Jornada II

Sale TEOBALDO y FESENIO.

TEOBALDO:

¿Y queda ya en la iglesia Dorotea?

FESENIO:

En ella está; mas triste y con cuidado,  
que dos Montesas: Dorida y Andrea,  
de su lugar quitaron el estrado.

TEOBALDO:

¿No había un Castelvín allí?

FESENIO:

Aunque sea  
de todo el bando el más determinado,  
solo no ha de atreverse; y fuera desto,  
no ha de ser en la iglesia descompuesto.

Ya quise hablar con él, pero en un punto,  
tantos Montes juntos acudieron,  
que parece que estaba el bando junto,  
y así los Castelvines se rindieron.

TEOBALDO:

¿Cómo rendir?

FESENIO:

Callar.

TEOBALDO:

Eso pregunto,  
y aun en solo callar cobardes fueron.  
¿Y dónde está mi hija Dorotea?

FESENIO:

Callando está, que tu quietud desea.

TEOBALDO:

En fin, ¿que las señoras Castelvines,  
inferiores están a las Montesas?

FESENIO:

No es bien que de esa suerte lo imagines,  
si en peso de la paz, tu quietud pesas.

TEOBALDO:

Apostaré que echaron los cojines  
dos leguas del estrado.

FESENIO:

Si profesas  
el sosiego y la paz de tus parientes,  
¿por qué tu agravio en tanto extremo  
sientes?

¿Quieres dar ocasión a que por dicha  
tomen las armas y se pierdan todos,  
y se atribuya a ti tanta desdicha?



TEOBALDO:  
¿Pues sufriré tan descorteses modos?

FESENIÓ:  
Y si no hay libertad hecha, ni dicha...

TEOBALDO:  
¿No es libertad hacerse de los godos,  
y quitar un estrado de una dama  
de nobles padres y de casta fama?

(Sale OTAVIO acompañando a JULIA, CELIA y  
CRIADOS.)

JULIA:  
¿Y vuestra hermana ha venido?

OTAVIO:  
Habrá una hora que salió.

JULIA:  
¿Tanto madrug ?

OTAVIO:  
Pens   
que te hubieran advertido  
de la fama deste padre

que hoy predica, y que vinieras  
antes.

JULIA:

Si tú lo dijeras  
a noche, primo, a mi madre,  
ya estuviéramos acá,  
que es devota por extremo.

OTAVIO:

Que haya gente y damas temo.  
Bien llena la iglesia está.

TEOBALDO:

¿Es mi hijo aquel?

FESENIO:

Sospecho  
que la dama que acompaña  
es su prima.

TEOBALDO:

Cosa estraña.

FESENIO:

Es ídolo de su pecho.  
Ya se entran.

TEOBALDO:

Di que le llamo.

FESENIO:

Voy.

TEOBALDO:

La deshonra me incita,  
me premia y me solicita,  
tanto esta gente desamo.

Yo, que siempre a mis parientes  
la paz les aconsejaba,  
porque entonces no pasaba  
por estos inconvenientes,  
agora a la guerra incito,  
que en juzgar cosas ajenas  
o propias, malas o buenas,  
menos libertad permito.

(Salen OTAVIO y FESENIO.)

OTAVIO:

Mi padre me llama.

FESENIO:

Aquí  
te espera.

OTAVIO:

¿Qué es lo que mandas?

TEOBALDO: ¡Qué descuidado que andas  
de lo que me importa a mí!  
Para acompañar tu prima,  
gran punto y lisonja vana,  
pero no para tu hermana,  
que tu amor en tanto estima.  
¡Oh, qué bien echa de ver  
en esto tu liviandad!  
La honra y la autoridad  
dejas, Otavio, perder,  
por andar tras los antojos  
de un imposible.

OTAVIO:  
¿A qué efeto  
me riñes?

TEOBALDO:  
Yo te prometo  
que no me faltan enojos,  
Otavio, por tu ocasión.  
Si con tu hermana vinieras,  
y que lo es tuya hicieras  
alguna demostración,  
no me viera yo corrido,  
ni en el estado que estoy.

OTAVIO:  
¿Cómo corrido?, ¿pues hoy

qué puede haber sucedido?

TEOBALDO:

Si yo tuviera tus años,  
si yo tus fuerzas tuviera,  
hoy, hijo, la patria viera  
sucesos varios y estraños;  
y pues el tenerte amor  
no me puede reportar,  
ya debes de imaginar  
que me han tocado al honor.

OTAVIO:

¿Qué dices?

TEOBALDO:

No te alborotes  
hasta que me escuches bien.

OTAVIO:

Eso es bueno, y que también  
de ser cobarde me notes.  
¿Quién te ha ofendido? Habla presto.

TEOBALDO:

El estrado que a tu hermana  
pusieron esta mañana,  
le han quitado y descompuesto.

OTAVIO: ¿Quién?

TEOBALDO:  
Tú lo sabrás allá.

OTAVIO:  
Aguárdame, padre, aquí.

TEOBALDO:  
No te animaba yo a ti  
solo por quedarme acá;  
a tu lado estaré bien.

OTAVIO:  
¿No has de entrar?

TEOBALDO:  
Tengo de entrar.

FESENIQ:  
¡Que le ha querido incitar,  
(Entrense los dos.)  
y le vaya ayudar también!  
Por Dios que es poca prudencia.

(Entren ROSELO y ANSELMO.)

ROSELO:  
Aquí ha entrado acompañada

de Otavio.

ANSELMO:

Por olvidada  
la juzgaba en esta ausencia,  
que no me has escrito cosa  
en que de Julia tratases.

ROSELO:

Porque no te alborotases,  
o no te fuese enojosa,  
fuera de que tal secreto  
no es para carta.

FESENIO:

Estos son  
Monteses, triste ocasión  
si el enojo llega a efeto.  
Quiero entrar a ver qué intenta  
Otavio.

ANSELMO:

Secretos tienes  
en su amor.

(Éntrese FESENIO.)

ROSELO:

A tiempo vienes,

que es forzoso el darte cuenta  
del estado de mi amor,  
porque hay una historia rara,  
después que fuiste a Ferrara.

ANSELMO:

Ya te escucho con temor.

ROSELO:

La noche, Anselmo, que fuiste  
a acompañarme contento,  
para que pudiese hablarla  
por las paredes del huerto,  
concertamos que algún día  
que pudiese, con secreto  
ir a la iglesia, tuviese  
para hacer el casamiento  
prevenido o engañado  
al beneficiado Aurelio,  
porque quedasen allí  
nuestros desposorios hechos.  
Yo puse tanto cuidado,  
que aunque él no pensaba hacerlo,  
se dispuso a mi gusto,  
con lágrimas y con ruegos.  
Vino Julia a una capilla,  
sola con Celia, diciendo  
que quería confesarse.  
Fuéronse los escuderos.



Entramos Aurelio y yo,  
y la voluntad sabiendo  
de los dos, nos dio las manos.

ANSELMO:

¡Qué notable atrevimiento!

ROSELO:

Porque si vio que los dos  
habíamos presupuesto  
la destrucción de Verona;  
si se escusaba de hacerlo,  
porque si yo la robaba,  
era poner a sus deudos  
y los míos en peligro  
de mil trágicos sucesos,  
finalmente nos casó.

ANSELMO:

Mejor dijeras, Roselo

ROSELO:

No será queriendo el cielo.

ANSELMO:

¿Puede dejar entenderse,  
Roselo, tu pensamiento,  
ya paseando de día

su calle, a su reja atento,  
ya, como agora, en la iglesia?

ROSELO:

En eso, Anselmo, procedo  
con la cordura que basta.

ANSELMO:

¿Pues hay hombre, amando, cuerdo?

ROSELO:

No paseo yo su calle,  
y de milagro a este templo  
vengo a misa.

ANSELMO:

¿De qué suerte  
os veis?

ROSELO:

Sin peligro, Anselmo.

ANSELMO:

¿Cómo?

ROSELO:

Poniendo una escala,  
las más noches con silencio,  
a la pared del jardín  
de los naranjos y cedros,

bajo; y Celia, que me espera,  
me guía hasta su aposento,  
donde primero que el alba,  
peine esos rubios cabellos.  
Ya doy la vuelta a la escala,  
donde Marín llega presto,  
subo, y diciendo, y en casa  
de día descanso y duermo.

ANSELMO:

¿Y eso no tiene peligro?

ROSELO:

No Anselmo, que cuando llego  
todos duermen en Verona.

ANSELMO:

¿Y no está Otavio despierto?

ROSELO:

Otavio la quiere bien,  
pero el peregrino ingenio  
de Julia sabe engañarle.

ANSELMO:

¿Cómo?

ROSELO:

Por el mismo huerto,  
desde las diez a las doce,

habla con él, y él con esto  
vase acostar a su casa.

ANSELMO:

Ingenioso pensamiento;  
con eso andará seguro.  
¿Pero tú no tienes celos  
de que hable con tu esposa?

ROSELO:

No, porque los oigo y veo  
muchas veces, escondido,  
y sé que es lenguaje honesto  
el que pasa entre los dos.

ANSELMO:

¿Y el tuyo?

ROSELO:

Licencia tengo  
de marido.

ANSELMO:

¿Luego ya  
en la posesión te ha puesto?

ROSELO:

Pues si ya estamos casados,  
¿quién nos obliga a respeto?

ANSELMO: Tiemblo de lo que me dices.

ROSELO:  
Yo con el calor no tiemblo.

ANSELMO:  
¿No te da miedo la casa?

ROSELO:  
Nada, Anselmo, me da miedo,  
porque amor y posesión  
son valientes en extremo.

ANSELMO:  
Ya no sé qué aconsejarte.

ROSELO:  
Mi bien no quiere consejo,  
porque es llover en la mar  
dar consejo a casos hechos.

ANSELMO:  
¿Pues qué habéis de hacer así?

ROSELO:  
Aguardar, Anselmo, al tiempo,  
que levanta humildes valles  
y humilla montes soberbios.

(Ruido de espadas dentro.)

ANTONIO:

¡Fuera, cobardes Monteses!

FABIO:

¡Fuera, infames Castelvines!

ROSELO:

¿Qué es esto?

TEOBALDO:

No te imagines  
tan soberbio.

ANTONIO:

Aunque tuvieses  
sobre ellos estos cojines,  
de allí te los quitaría,  
y en el infierno pondría.

FABIO:

¡Calla, que mientes!

ANTONIO:

Afuera.

ROSELO:

Mi padre es aquel.

ANSELMO: Espera.

ROSELO:  
¿Que espere?

ANSELMO:  
Por vida mía.

(Salgan al teatro las espadas desnudas, y póngase a una parte ANTONIO, CASTELVÍN, TEOBALDO, OTAVIO y FESEÑO ; y de la otra: FABRICIO, LIDIO, MARÍN y ANSELMO, y en medio solo ROSELO.)

ROSELO:  
Anselmo, a mi padre llega,  
que Julia a ponerme obliga  
en medio aunque me lo niega  
la sangre.

ANSELMO:  
No hay más que diga,  
quien de amor tanto se ciega.

ROSELO:  
¡Ah, caballeros!, teneos,  
que aunque soy Montés y mozo,  
no con tan malos deseos  
que en vuestro daño me gozo  
de vengativos trofeos.

¿Sobre qué fue la questión?  
¡Bueno está!, ¡bueno está ya!,  
valga esta vez la razón,  
pues que tan sigura está  
la nobleza y la opinión.

Todos sois tan bien nacidos  
como Verona lo sabe,  
todos fuertes y atrevidos.  
¿Es el negocio muy grave?

OTAVIO:

Los nuestros, los ofendidos.

ROSELO:

¡Cuéntalo, Otavio, por Dios!

OTAVIO:

Mueran.

ROSELO:

Refiérelo, Otavio,  
que no es eso de hombre sabio.

OTAVIO:

Mejor fuera entre los dos  
averiguar este agravio,  
y que se fueran los viejos.

ROSELO:

Padre tengo aquí, y me holgara



ya mejor para consejos;  
pero en que te amo repara,  
aunque de amarme estas lejos.

OTAVIO:

Que no quiero yo tu amor.

ROSELO:

Ni yo el tuyo.

OTAVIO:

Eres cobarde.

ROSELO:

Calla, Otavio, que es rigor  
que me obligue a que te guarde  
respeto tu mismo honor.

OTAVIO:

Es bien que ponga su estrado  
de mi hermana su criado,  
y que el tuyo se le quite.

ROSELO:

Si satisfacción permite,  
no quedarás mal vengado.

FABIO:

No era ese criado mío.

TEOBALDO: ¿Pues de quién era?

FABIO:  
De Andrea.

ROSELO:  
Si con la paz os porfío,  
es porque aquí no se vea  
un notable desvarío.  
Entrad, y pondré el estrado  
yo mismo en mejor lugar.

OTAVIO:  
Eso estará remediado,  
pero el descompuesto hablar  
hoy ha de ser castigado.

ROSELO:  
Si algo es agravio, eso sea  
causa de paz.

TEOBALDO:  
Bien lo anima.

ROSELO:  
Cásate tú con Andrea,  
y yo con Julia, tu prima.

OTAVIO:  
Primero mi muerte vea.

¿Con Julia tú?

ROSELO:

Desta suerte  
se escusará alguna muerte.

OTAVIO:

¡Cobarde, deja de hablar,  
que te tengo de matar  
como a mujer!

ROSELO:

¡Oye! ¡Advierte!

OTAVIO:

No hay que advertir. Llega ya.

ROSELO:

Señores, séanme testigos  
que provocándome está,  
y que os quise hacer amigos,  
y la ocasión que me da.

OTAVIO:

¡Llega, infame!

ROSELO:

Julia mía,  
perdona, fuera villano,  
que esto no fue cobardía,

sino tenerme la mano,  
quien solamente podía.

OTAVIO:

Muerto soy.

TEOBALDO:

¿Matole?

ANTONIO:

Sí.

ROSELO:

Huye, padre, por aquí.

ANTONIO:

¡Aquí, Castelvines!

TEOBALDO:

¡Hijo!

OTAVIO:

¡Confesión!

ANTONIO:

¡Confesión dijo!

(Húyanse los Monteses.)

TEOBALDO: Espiró. ¡Triste de mí!

ANTONIO:

Entralde en la iglesia presto.  
Remedie si quiera el alma.

TEOBALDO:

Que yo fui la causa desto.

FESENIO:

Teobaldo estaba en la calma,  
y en la tormenta se ha puesto.  
Ello ha sido grande error,  
pero pues tuvo la culpa,  
pida disculpa a su honor,  
pues a Roselo disculpa  
su defensa y su valor.

(Sale el SEÑOR DE VERONA con una alabarda, y gente  
armada con él, y un CAPITÁN.)

VERONA:

No ha de quedar un hombre solamente  
de los culpados vivo.

CAPITÁN:

Del suceso,  
Teobaldo Castelvín tuvo la culpa.

VERONA: ¿Quién hay heridos?

CAPITÁN:  
Muchos de ambas partes.

VERONA:  
¿Quién muerto?

CAPITÁN:  
Otavio, de Teobaldo hijo.

VERONA:  
¿Dónde está el cuerpo?

CAPITÁN:  
Aquí, en la misma iglesia,  
donde se ha confesado y le han absuelto,  
en brazos de su padre y sus hermanas.

VERONA:  
¿Quién le mató?

CAPITÁN:  
Roselo Montés, hijo  
de Fabricio Montés, mas todos dicen  
que fue de Otavio el mozo provocado  
una y mil veces, tanto porque esta ofensa,  
más que delito, fue propia defensa.

VERONA:

¿Vós tenéis algo de Montés?

CAPITÁN:

No tengo  
de Castelvín y Montés un átomo,  
ni soy parcial de alguno de los bandos.

FESENIIO:

Yo soy criado de Teobaldo, y quiero  
a Otavio como a hermano, que en su casa  
me dieron este ser, hasta ser hombre;  
pero no dejaré por mi conciencia  
de confesar que Otavio fue culpado,  
provocando a Roselo con palabras  
infames, de manera que Roselo  
a todos dijo que testigos fuesen,  
que solo su persona defendía  
y la paz de Verona pretendía.

CAPITÁN:

Señor excelentísimo, no creo  
que hallarás otra cosa.

FESENIIO:

Excelso príncipe,  
infórmate de todos los presentes.

VERONA:

¿Adónde está Roselo?

CAPITÁN:

En esta torre,  
donde con un lacayo se ha subido,  
que con piedras su dueño ha defendido.

VERONA:

¡Hola! Roselo, escucha.

(Sale ROSELO y MARÍN con piedras, en la torre.)

ROSELO:

¿Quién me llama?

CAPITÁN:

¿Ya no conoces al señor que tienes?

ROSELO:

¿Qué me manda, señor, vuesa excelencia?

VERONA:

Que bajes de la torre, que debajo  
de mi palabra, bien seguro puedes.

ROSELO:

Si me la das, señor, de defenderme  
de tantos enemigos que me cercan,  
yo bajaré, y a tus reales plantas  
las armas rendiré, de otra manera



aquí pienso morir con hambre o fuego,  
mas no en poder de fieros Castelvines.

VERONA:

Baja seguro, que la doy al cielo  
de defenderte contra todo el mundo.

ROSELO:

Yo bajo en tu palabra confiado.

MARÍN:

Mira primero cómo bajas.

ROSELO:

Calla,  
que a nadie teme quien está inocente.

MARÍN:

Yo sé que tierra en medio es linda cosa,  
y no que andemos llenos de papeles  
con el procurador y el escribano,  
sonando los dineros y los grillos,  
a que jure un bellaco que lo ha visto,  
y estaba cuatro leguas de la calle,  
y aquel otro disponga el juramento  
como se le pusiere en el capricho,  
con mil veces el dicho y sobredicho.

(Mientras baja, salga JULIA y CELIA.)

JULIA:

Ya no tengo que temer  
vanos respetos de honor,  
ni me queda qué perder.

CELIA:

Tente, que está aquí el señor.

JULIA:

Mas, ¿que le viene a prender?

CAPITÁN:

¿Quién va?

JULIA:

Julia Castelvín.

CAPITÁN:

Su hija de Antonio es.

JULIA:

(Aparte.)  
Soy quien desea su fin.

(Metan a ROSELO y a MARÍN presos.)

GUARDIA:

Este es Roselo Montés.

ROSELO:

Aquí esta Julia Marín.

MARÍN:

Vendrá a jurar contra ti.

VERONA:

Roselo, ¿mataste a Otavio?

ROSELO:

Si es muerto, digo que sí,  
provocado y con agravio,  
y defendiéndome a mí.

VERONA:

Mira que está aquí presente  
una prima del difunto,  
que le amaba tiernamente.

ROSELO:

Y yo a la misma pregunto  
si le maté, justamente.

JULIA:

Aunque en Otavio perdí  
gran señor, primo y marido,  
digo que mil veces sí,  
porque obligada he nacido  
a esta verdad contra mí.

VERONA:

¿Vístelo?

JULIA:

Desde la puerta  
de la iglesia; y en aquesto  
toda Verona conierta  
que ese hombre estaba dispuesto  
a la paz segura y cierta,  
cuando Otavio le importuna  
a que se maten los dos,  
soberbio desde la cuna.  
¡Ay Celia, mal me haga Dios  
si he visto cosa ninguna!

VERONA:

¿Y qué dice esa mujer  
que viene con Julia?

CELIA:

Digo  
que le buscó desde ayer,  
porque tras ser su enemigo,  
celos debieron de ser.  
Para esto Otavio junta  
sus deudos, con quien agora  
a Roselo el pecho apunta,  
mal me haga Dios, señora,  
si sé lo que me pregunta.

CAPITÁN:

Esto mismo te dirán  
cuantos parientes están  
en esta iglesia con él.

JULIA:

No hay testigo contra él.

VERONA:

¿Pues qué he de hacer, capitán?

CAPITÁN:

Destiérrale de Verona,  
porque será revolver  
la ciudad, si se apasiona;  
y es en peligro poner  
tu autoridad y persona.

Julia es su prima, y confirma  
su ignorancia y su criada,  
como lo has visto lo afirma.

VERONA:

Ese conceto me agrada.

CAPITÁN:

Dame un bando con tu firma,  
con que el vulgo se sosiegue.  
Pena de muerte.

VERONA: Sí haré.

CAPITÁN:

Y antes que el bando se llegue,  
guarda a Roselo se dé,  
que libre en Roma le entregue,  
en Venecia o en Milán.

ROSELO:

No es menester, Capitán,  
yo me sabré defender.

VERONA:

Con todo, es bien menester,  
mientras airados están.  
Id vós, señora, en buen hora,  
que yo llevaré a Roselo  
a mi palacio.

JULIA:

¡Oh!, si agora  
me sacara el alma el cielo  
de la prisión en que mora.

VERONA:

En mi palacio os tendré,  
mientras os vais.

ROSELO:

Haz tu gusto.

JULIA:

Ven Celia, porque no dé  
ocasión con mi disgusto  
a más mal del que se ve.

CELIA:

Si aquí paran los enojos  
de la furia deste día,  
no son muchos los despojos.

ROSELO:

¡Ay Julia del alma mía!

JULIA:

¡Ay Roselo de mis ojos!

(Váyanse, y entre[n] TEOBALDO y DOROTEA.)

TEOBALDO:

Pues yo tuve la culpa, de ninguno  
debo quejarme en desventura tanta.

DOROTEA:

Por venganza, a los cielos importuno.

TEOBALDO:

Que viva yo con tal dolor me espanta.  
¿Escribiose jamás de padre alguno,

aunque al amor la honra se adelanta,  
que provocase un hijo hasta la muerte,  
o furor de venganza, pasión fuerte?

DOROTEA:

Todos culpan a Otavio, que esto siento  
en incitar a su enemigo manso,  
que intentaba la paz, con pensamiento  
de dar a nuestra patria algún descanso.  
Vuélvese el incitado sufrimiento  
furor mil veces... ¿Pero qué me canso  
en lo que ya ningún remedio tiene?

TEOBALDO:

Que se pierda la patria me conviene,  
con el mismo vestido, espada y capa,  
en la bóveda lóbrega y oscura  
de sus mayores, una cosa tapa  
su verde edad, su joven hermosura.  
Hija, si no es que aquel traidor se escapa  
en las alas del viento, y su ventura  
le lleva sin peligro a estraña tierra,  
ya he dado la señal de guerra.  
Enterralle vestido significa  
que sus deudos se obligan a vengalle.  
Ya por todos mis deudos se publica.

(FESENIO entre.)



FESENIO:

Ya se cansan tus deudos en buscalles;  
a Roma dicen que la posta pica  
y que ha mandado el duque acompañarle  
alguna armada gente hasta Ferrara,  
con que la furia de las armas para.

Dicen que ha sido acuerdo conviniente  
para templar los Castelvines fieros,  
y porque dice el vulgo que inocente  
estaba el agresor para ofenderos,  
todos culpan a Otavio de insolente,  
y algunos envainaron los aceros,  
en sabiendo...

TEOBALDO:

No pases adelante,  
que no soy piedra yo, ni amor diamante.

Bástame mi desdicha, sin que agora  
me den la culpa, pues la pena tengo.  
¡Oh, canalla cobarde, vil, traidora!  
Pues muera yo si mi dolor no vengo.  
¡Qué bien consuelan al que un hijo llora!  
Pero, ¿cómo en vengarle me detengo?  
Quejarme quiero al duque deste agravio.  
No viva yo, pues he perdido a Otavio.

DOROTEA:

Qué bárbaro anduviste.

FESENIO: No he perdido  
con la lisonja del servir, señora,  
la verdad del honor con que he nacido,  
que todos culpan a tu hermano agora.

DOROTEA:  
Aunque a Otavio perdí, perdón le pido  
a la sangre de hermano que le llora,  
para alegrarme de que guarde el cielo  
los tiernos años del Montés Roselo.

FESENIO:  
¿Pues cómo dices eso?

DOROTEA:  
Era estimado  
Roselo de las damas de Verona,  
y de las Castelvines celebrado.  
Por su brío, su ingenio y su presencia,  
yo sé que fue de Julia codiciado.

FESENIO:  
Las cajas oigo, el bando se pregona.

DOROTEA:  
Parte a saber lo que es, que no querría  
perder tras tanto mal la patria mía.

(Sale ROSELO de camino, y MARÍN, a lo gracioso.)

ROSELO:

¿Recogiste las escalas?

MARÍN:

Ya señor las recogí.

ROSELO:

En fin, has entrado aquí.

MARÍN:

Tu amor me ha dado las alas;  
que te quiero defender,  
si algún peligro se ofrece,  
que quien la vida aborrece,  
ya no tiene que temer.

ROSELO:

Al amor que a Celia tienes,  
y no al mío, lo atribuyo.

MARÍN:

Al tuyo, señor, y al suyo.

ROSELO:

¿Della a despedirte vienes,  
como de mi Julia yo?

MARÍN:

Celia sola no pudiera

traerme desta manera.  
Todo, señor, se juntó;  
pero viéndome en el puerto,  
tu amor me tiene admirado,  
que no sé cómo has entrado  
y nos has sido descubierto,  
tanto tiempo por aquí  
entrarse sin ser sentido.

ROSELO:

Mi dicha, Marín, ha sido;  
mas ya todo el bien perdí.

MARÍN:

Ruido siento.

ROSELO:

¿Prenden las armas?

MARÍN:

De aquestas fuentes,  
pienso que son las corrientes.

ROSELO:

Mi Julia viene también.

(Sale JULIA y CELIA.)

JULIA:

¿Eres tú mi esposo amado?

ROSELO:

¡Ay, cielos, dadme paciencia,  
que no me basta la vida  
para perder la luz della!  
Julia, yo soy, y tu esposo  
en bien, en mal, gloria y pena.  
Y como en presencia he sido,  
el mismo seré en ausencia.  
Pienso que tendrás llorada  
nuestra desdicha; no seas  
mi muerte llorando aquí,  
ni des causa a que te sientan,  
aunque si quieres que a entrambos  
una misma espada sea  
fin de desventuras tantas,  
aquí estoy, las vidas mueran,  
que no apartarán las almas  
los que mi muerte desean;  
porque los cuerpos dividan,  
que no hay en las almas fuerza.  
Esto no fue culpa mía;  
si de mi espada te quejas,  
vas contra toda opinión,  
pues mil infamias y afrentas  
por no perderte sufro  
a su temeraria lengua.  
Mas, si estimas a tu primo

más que a tu esposo, no tengas  
suspensos nuestros dos bandos;  
toma esta daga, y con ella  
pasa este pecho y su furia,  
si esta en mi muerte, sosiega.  
¿No respondes?

MARÍN:

Si por dicha  
estas enojada, Celia,  
de que he sido tan gallina  
que a penas vi la pendencia,  
cuando me subí a la torre,  
y en los chapiteles della  
dije que era de corona  
para provocar la iglesia,  
vesme aquí: con esta daga  
tu mismo pecho atraviesa,  
porque si me das a mí,  
no des lugar que te prendan.  
¿No respondes?

JULIA:

¿Quién, esposo,  
por ti tantas cosas deja?  
¿En qué ha de estimar un primo,  
ni cuando su padre fuera?  
Si de todo mi linaje  
quieres que la sangre vierta

la destas venas, mi bien,  
te ofreceré después della.  
Yo no tengo ya otro padre,  
ni otro remedio me queda.  
En ti consiste mi amparo,  
basta que tú me defiendas.  
Tú eres el bando que sigo,  
no el que mis padres profesan.  
Castelvín soy en el cuerpo  
y en el alma soy Montesa.

CELIA:

Quien por ti, Marín querido,  
de su casa no se acuerda,  
ni estima su ropa blanca,  
ni sus vidros de conservas.  
¿Por qué he de querer, me di,  
que bravo y valiente seas?;  
que a serlo, pudiera ser  
matarte en esta pendencia,  
y no te gozara yo,  
que me diera mayor pena.  
Créeme que los galanes  
han de ser de esa manera:  
gallinas para durar,  
y darlas para comerlas.  
Los cobardes son secretos,  
los bravos con sus bravezas  
desvelan a la justicia,

y la vecindad despiertan;  
mas te quiero yo gallina,  
que si Rodamontés fueras,  
las gallinas, Marín, ponen  
vestidos, joyas, cadenas,  
los gallos quitan y riñen,  
celan, sacuden y mesan.  
Matarte yo no es posible  
de la suerte que me enseñas.  
Aquí tengo a tu servicio  
las llaves de la bodega.  
Saca de lo tinto sangre,  
que yo no tengo otra prenda  
que me ampare: tú eres bando  
que sigo para que creas  
que soy Marina en el alma,  
aunque en el cuerpo soy Celia.

ROSELO:

¿Qué quieres, mi bien, que haga  
en tal desdicha?

JULIA:

Que vengas  
con gran secreto a Verona  
todas las noches que puedas,  
hasta que llegue ocasión  
que nos vamos a Venecia,  
dando a estas paredes paso,



los de la escala de cuerdas,  
que hasta que viva contigo,  
¿cómo puedo estar contenta?  
¿Cumplírasme esta palabra?

ROSELO:

¡Ay mi bien!, mucho me pesa  
que pongas duda en mi amor.  
Plega a Dios que nunca vea  
en paz mi padre y sus deudos  
destas vengativas guerras,  
que llegue muerto a Ferrara,  
o en el camino me prendan  
celadas de Castelvines;  
que para venganza fiera  
me coman el corazón  
y mi propia sangre beban,  
si te faltare en algunas  
de todas nuestras promesas.

CELIA:

¿Y él no ha de venir por mí?

MARÍN:

¡Plega al cielo que no vea  
cosa que me disgustó!,  
ni en el camino, en las ventas,  
falten perdices que coma  
y vino blanco que beba,

si hiciere cosa por ti  
de que algún daño me venga.  
¿Pero tú, tendraste firme?

CELIA:

No lo está tanto una rueda,  
una nube, un viento, un dado,  
como yo mientras tú quieras.

(Dentro.)

ANTONIO:

Muestra, Lucio, esa alabarda,  
que sospecho que nos cercan  
la casa.

JULIA:

Mi padre es este.

ROSELO:

Pon la escala.

MARÍN:

Salta.

CELIA:

Espera.

MARÍN:

Que no hay, Celia, que esperar.

JULIA:

¿Tienes fuera guarda?

ROSELO:

Y buena.

JULIA:

¿Quién?

ROSELO:

Anselmo y seis amigos.

JULIA:

Adiós.

ROSELO:

Lindo miedo llevas.

CELIA:

¿Qué has de decir a tu padre?

(Sale ANTONIO y LUCIO y TEODORO.)

LUCIO:

Gente está junto a las yedras.

ANTONIO:

Dispara.

JULIA:

Tente, señor.

ANTONIO:

¿Es Julia?

JULIA:

Yo soy.

ANTONIO:

No temas.

¿Y quién más está contigo?

JULIA:

Celia.

ANTONIO:

¿Pues desta manera  
estás en tiempo como este?

JULIA:

¿Y en este quieres que duerma?

ANTONIO:

¿Qué hacías?

JULIA:

Llorar mi primo,

a donde nadie me oyera.

ANTONIO:

¿Resucitará por eso?

JULIA:

No señor, ¿pero qué piedra  
estará sin sentimiento  
en fortuna tan adversa?  
Yo perdí marido en él.

ANTONIO:

¿Marido?

JULIA:

¿Pues no lo fuera?  
Y si aun marido he perdido,  
no te espantes que lo sienta.  
Yo por mi marido lloro,  
soy mujer y no es flaqueza,  
sino razón y justicia.  
Tú con tus venganzas fieras,  
no sientes más que un diamante.  
¡Plega Dios que tantas guerras  
no paren en daño tuyo!

(Váyase.)

LUCIO: Fuese llorando.

ANTONIO:

Oye, espera.

LUCIO:

¿De qué te espantas, pues te dice claro que por vuestras venganzas ha perdido marido de su sangre?

ANTONIO:

Ya reparo,

Teobaldo, en lo que dice de marido, mas, pues yo me quedo, no le falta amparo.

Su padre soy en fin, y haber sabido que amor tenía a mi sobrino Otavio, no hubiera sucedido tanto agravio.

Hartas veces mi hermano me rogaba que por mujer a Otavio se la diera, y que della jamás le presumiera.

El efeto a sus ruegos dilataba, lo que a saber su voluntad no hiciera; y es muerto Otavio, y más me pesa agora que por marido, como veis, le llora.

Mas yo soy padre, y padre que la quiero con más extremo del que fuera justo. Casarla quiero, y darla presto espero marido noble, rico y de su gusto.

El conde Paris me pidió primero  
que fuese a acompañar al duque Augusto  
mi hija por mujer, y ya ha venido.  
¿Paréceos que mejora de marido?

LUCIO:

¡Y cómo si mejora!, que es el Conde  
gallardo caballero. Dile luego,  
para ver si a su gusto corresponde,  
el rico esposo que la das, te ruego.

ANTONIO:

Es en toda mujer sol que se esconde  
el muerto esposo; todo queda ciego,  
mas si otro sale en el siguiente día,  
luego se olvida el que llorar solía.

(Váyanse, y entren el CONDE PARIS, y ROSELO y  
MARÍN.)

PARIS:

Pesado estás en pesarte  
de haber topado conmigo,  
que yo no soy tu enemigo,  
ni de la contraria parte.

¿Cuándo tú decir oíste  
que el conde Paris trató  
de ser Castelvín?

ROSELO:

Si yo,  
tan desesperado y triste  
discursos pudiera hacer  
de tu valor y mi pecho,  
bien pasara satisfecho,  
pero es forzoso el temer  
a un dudoso corazón,  
a un pensamiento afligido.  
Intercadencias han sido  
del alma y de la razón.

Voy, señor Conde, de suerte  
que todo cuanto hay aquí,  
pienso que es muerte, y en mí  
todo es desear la muerte.

No sé en qué estado me veo,  
entre morir y vivir,  
pues vengo yo mismo a huir  
de lo mismo que deseo.

Crea vuestra señoría  
que con desear mi fin  
soy más cierto Castelvín  
que el mismo que me seguía.

PARIS:

Roselo, haberte amparado  
en causa tan peligrosa  
ha sido muy justa cosa,  
y de que estoy muy pagado.



Estimo en el camino  
llegase a tal ocasión  
que librase de traición  
un hombre tan peregrino.

Y aunque he sabido después  
que has muerto un amigo mío,  
sabiendo su desvarío  
perdí mi propio interés.

Verdad es que pretendí  
casarme con Julia yo:  
de Castelvín me quedó,  
que algún tiempo la serví.

Mas viendo la dilación  
que en dárme la el padre tuvo,  
corrida algún tiempo estuvo  
con mi valor mi afición.

Yo soy ya Castelvín,  
pues a Julia no me dieron.  
Montés soy, pues me pusieron  
entre enemigos, en fin.

Si quieres que hasta Ferrara  
acompañe tu persona,  
dejaré de ir a Verona.

ROSELO:

Bien tu valor me declara,  
conde Paris, que naciste  
de la sangre más real  
que tuvo Italia, pues tal

para mis desdichas fuiste.

Por esclavo tuyo quedo,  
pues desta fiera celada  
me sacó vivo tu espada,  
que es lo más que decir puedo.

De aquí a Ferrara no hay ya  
cosa que pueda temer,  
y bien te puedes volver,  
que pienso que cerca está.

Que no es razón que Verona,  
alterada la ciudad,  
en tanta necesidad  
carezca de tu persona.

Oí decir que trataste  
casar con una señora  
Castelvín, pero ya agora  
que mi pecho aseguraste,  
más te tendré por Montés,  
y escribiré desde aquí  
esto que has hecho por mí.

PARIS:

¿Es gente?

(FESENIO, de camino.)

ROSELO:

¿Quién va?

FESENIO:  
¿Quién es?

PARIS:  
El conde Paris.

FESENIO:  
A ti  
traigo esta carta, señor.

PARIS:  
Roselo, no hayas temor,  
yo estoy a tu lado aquí.  
¿De quién es esta carta?

FESENIO:  
Es de Antonio Castelvín.

MARÍN:  
¿Matarele?

ROSELO:  
No, Marín,  
dégjale que en paz se parta.

MARÍN:  
¿Si en aquesta carta escribe  
que en el camino te mate?

ROSELO: Ojalá de hacerlo trate.  
Bien muere quien triste vive.

MARÍN:  
Notables admiraciones  
hace leyendo.

ROSELO:  
Sin duda  
quiere que a matar me acuda.

MARÍN:  
A gran peligro te pones,  
si no le das de estocadas.

ROSELO:  
¿Y podré matarle yo  
si aquí la vida me dio?

MARÍN:  
Cortesías escusadas.  
Por la vida no hay traición;  
y el que en esto fue cortés,  
tras quedar muertos después  
deja en duda su opinión.

PARIS:  
Yo he leído, y porque veas  
lo que esta carta contiene  
y a lo que el criado viene,

quiero que también la veas.

Toma, Roselo, que es justo  
tengas parte de mi bien,  
y me des el parabién  
de cosa de tanto gusto.

Que no por ser yerno aquí  
de aquel tu grande enemigo,  
dejaré de ser tu amigo.

ROSELO:

¿Cómo?

PARIS:

Lee.

ROSELO:

Dice ansí:

|<br/> |colspan=2 class="pt-dir" style=""|

(Lea.)

«Si alguna cosa pudiera  
consolarme en tal dolor,  
será que vengas, señor,  
donde esta casa te espera.  
Hónrala con tu persona,

porque a defender te inclines,  
no solo a los Castelvines,  
pero a tu patria Verona.

Ya sabrás como Roselo  
mató a mi sobrino Otavio,  
cuya sangre y nuestro agravio  
dan juntos voces al cielo.

Todos te quieren aquí  
por amparo y protector,  
y yo por yerno y señor.  
Julia te espera. ¡Ay de mí!

Julia te espera. ¿Qué es esto?

PARIS:

¿De que te turbas?

ROSELO:

De ver  
que si es Julia tu mujer,  
en gran peligro estoy puesto.

Toma, que no hay que pasar  
adelante, pues en fin,  
siendo conde Castelvín,  
me has de procurar matar.

PARIS:

No te receles, detente;  
que aunque esta carta ha llegado  
a tiempo que te habrá dado

sospechas forzosamente,  
no soy yo sangre tan ruin  
que, por lo que hacen conmigo,  
dejase de ser tu amigo,  
aunque Julia Castelvín...

Yo te hallé desamparado  
antes que esta carta viesse;  
que allí te favoreciese  
es porque estaba obligado  
por ley de ser caballero.  
Desfavorecerte agora,  
porque esta hermosa señora  
por mujer estimo y quiero,  
desdice mucho a quien soy.  
Vete, que pues desterrado  
vas de donde estoy casado,  
libre de ofenderte estoy.

Fesenio hará como hidalgo,  
pues este es gran testimonio,  
en que a su señor Antonio,  
si para servirle valgo,  
no diga que te amparé,  
ni que dejé de matarte.

FESENIO:

Fuera señor de agradarte,  
por mi voluntad lo haré,  
que aunque sirvo a Castelvín,  
quiero en extremo a Roselo.

PARIS:

Roselo, guárdete el cielo  
queda a Dios.

FESENIO:

Adiós, Marín.

PARIS:

El miedo le tiene tal  
que aun no responde.

FESENIO:

No importa.

PARIS:

Mucho el ver la muerte corta  
de hombre más principal.

(Váyanse el CONDE y su gente, y FESENIO.)

MARÍN:

¿Echas acaso de ver  
el peligro en que te hallas?  
¿Sabes que nos pueden dar  
mil muertes de aquí a Ferrara?  
Deja el éxtasis de amor,  
deja suspensiones vanas.



Cásese Julia en buen hora,  
pues para su mal se casa.

ROSELO:

¿Que se case?

MARÍN:

¡Santo Dios,  
que voces das!

ROSELO:

¿Quién pensara  
que en aquel ángel, Marín,  
hubiera tantas mudanzas?  
Los cielos dicen que mueve  
con velocidad tan rara  
un ángel, que en solo un día  
de un polo al otro los pasa;  
o lo imitas, o lo eres,  
pues en tan breve distancia,  
las esferas del alma,  
desde los cielos al infierno pasas.  
Triste de mí, que creyendo  
tus ojos que siempre engañan,  
que también por hermosura  
son cielos que nunca paran,  
dejé llevar mis deseos  
de aquella dulce esperanza  
que halló su centro en tus ojos.

Niñas y ojos, todo es agua.  
¡Agua, mis ojos, agua!,  
que le abrasa la casa, y dentro el alma.  
No fue locura quererte,  
aunque ninguno te amara,  
si no es el que agora estimas,  
sin estarlo por tu causa.  
De tu parte hubo hermosura,  
de la mía lo que basta  
para igualarte, no siendo  
en lo que al cielo te igualas.  
¿Quieres ver en quién has puesto  
los deseos, Julia ingrata?  
Mira que no te conoce,  
pues yo sé que no te ama,  
mientras tu padre, ambicioso  
del honor que no le falta,  
te hace su mujer, perdona  
a un hombre que a Otavio mata.  
Que si Paris te pretende  
alegre, el ver que le llaman  
es por ver que le desprecian,  
que basta para venganza.  
No como tú, que por ser,  
aunque es muy noble tu casa,  
mas señora que naciste,  
te casas... ¿Direlo?

MARÍN:

Calla.

ROSELO:

¿Que calle?, ¿pues tú no ves  
que en la creciente y mudanza  
de la luna hablan los locos?

MARÍN:

Pues si lo confiesas, habla.

ROSELO:

Señora fueras conmigo,  
y no menos estimada,  
que títulos son mercedes  
y la sangre antiguas armas;  
que si no pongo en las mías  
coroneles de oro y plata,  
yo sé que traigo principio  
de las coronas de Italia.  
Espero que te arrepientas,  
no lo tengas a arrogancia,  
que no está el gusto en las honras,  
sino en que le tenga el alma.  
¿Qué importa el dosel de día,  
cuyo cielo es sombra vana,  
si lo parece de noche?  
¿Quién lo ha de ser de tu cama?  
Fuego, cielos, que mal da,  
que hoy aborrece a quien ayer amaba.

¿Mas, para que me enternezco,  
habiéndome dado causa  
para maldecir tus bodas  
ver mi esperanza burlada?  
Pero no permita el cielo  
que puedan tanto mis ansias,  
que pierda aquella modestia  
con que de tus cosas tratan.  
Si porque maté a tu primo  
tomas aquesta venganza,  
¿cómo no mataste Julia,  
que vengas con tu infamia?

MARÍN:

Calla, que no es de discretas  
vengarse con las palabras.

ROSELO:

Podré vengarme con obras.

MARÍN:

¿Pues no? En llegando a Ferrara.

ROSELO:

¿Cómo?

MARÍN:

Casándote en ella.

ROSELO: Bien dices.

MARÍN:  
Camina.

ROSELO:  
Aguarda,  
aguarda, Julia ingrata:  
Ley es de amor que agravie a quien me  
agravia.

## **Jornada III**

Salen ANTONIO y JULIA.

ANTONIO:

Quitarete yo la vida.

JULIA:

Ojalá que la quitases.

ANTONIO:

Es mi gusto que te cases.

JULIA:

Estoy del Conde ofendida,  
si no me estaba bien,  
pues no dio muerte a Roselo  
pudiendo.

ANTONIO:

No quiere el cielo,  
hija, que muerte le den.  
De todo peligro escapa.

JULIA:

No se escapara aquel día  
del Conde, pues no tenía  
más que su espada y su capa.

ANTONIO:     ¿Tanto a tu primo quería,  
que porque no le mató  
no te casas con él?

JULIA:  
Yo  
disimulé muchos días,  
por mi propia honestidad,  
mas no me siento tan fuerte  
que pueda sufrir su muerte,  
ni es ahora liviandad.

ANTONIO:  
Bien estoy con tu venganza;  
pero puédesla tener,  
siendo del Conde mujer,  
con más segura esperanza;  
que él ha de ser nuestro amparo,  
y en sabiendo que deseas  
que le dé muerte, no creas  
que halle en el mundo reparo.  
Él te matará a Roselo.  
Cásate con él, y advierte  
que le he llamado, y que es fuerte  
la palabra.

JULIA:  
¡Ay, santo cielo!

ANTONIO: Si tu voluntad supiera,  
jamás al Conde llamara,  
ni en casamiento le hablara,  
ni como a yerno escribiera.  
Ya es hecho, ya lo escribí,  
ya lo dije, ¿qué he de hacer?  
Tú eres del Conde mujer.  
¿Qué respondes?

JULIA:  
¡Ay de mí!

ANTONIO:  
Hija, no estés de esa suerte,  
ni seas crüel conmigo,  
que no soy yo tu enemigo,  
ni el que a Otavio he dado muerte.  
Mira que salir no puedo  
de mi promesa, y que soy  
hombre principal.

JULIA:  
¿Que estoy,  
cielos, temblando de miedo?  
¿La muerte no sabré darme?  
¿Pues que temo.

ANTONIO:  
No responde.



¿Qué he de decir al Conde?

JULIA:

Señor, ya quiero casarme.  
Vengan esta tarde aquí,  
que yo le daré la mano.

ANTONIO:

¿Será cierto?

JULIA:

Fuera en vano,  
señor, resistirme a ti,  
y más tocando a tu honor,  
porque yo debo perder  
mi gusto. Ya soy mujer  
del Conde.

ANTONIO:

Julia, mi amor  
has de manera aumentado,  
si es que se pueda aumentar,  
que sin lo que te he de dar,  
y tu madre te ha dejado,  
seis mil ducados te doy  
en dos joyas de diamantes.  
Y a tu esposo para guantes  
otros seis mil.

JULIA: **[Aparte.]**  
Muerta soy.

ANTONIO:  
Voy a concertar que sea  
esta noche por lo menos  
el concierto.

JULIA:  
¿Qué venenos  
mi pensamiento desea  
más que mi propio dolor?

ANTONIO:  
Fesenio, Fesenio, aprisa;  
los Castelvines avisa,  
vengan a cobrar su honor.

JULIA:  
Porcia puede buscar ardiente fuego;  
yerro Lucrecia; Dido, espada en mano,  
reliquias dulces del traidor troyano,  
que al mar de Italia dio su llanto y ruego.  
Ifis cordel, por Anaxarte ciego,  
y por las amenazas del romano.  
Veneno Sofonisba, y agua en vano  
Hero en la torre, y arrojarse luego  
la punta al pecho, y el aliento en calma.  
Tisbe en la sangre mísera resbale,

del que muriendo fue de amantes palma,  
que a mí, ni fuego ni cordel me vale,  
pues un acto de amor degüella el alma,  
y no hay cuchillo que al dolor se iguale.

(CELIA entre.)

CELIA:

Aurelio, señora, hablé  
y tu billete le di.

JULIA:

¿Leyole?

CELIA:

Sí.

JULIA:

¿Todo?

CELIA:

Sí,  
y de verle me espanté  
llorar con notable afecto,  
dando más suspiros juntos  
que tiene letras y puntos.  
Fuese a su estudio, en efeto,  
y al cabo de más de una hora

este pomillo me dio  
para que le bebas.

JULIA:

¿Yo?

CELIA:

Tú, dijo.

JULIA:

¿Yo?

CELIA:

Sí señora.

JULIA:

Pues escríbole que estoy  
determinada a matarme  
antes, Celia, que casarme,  
y asegúrole que voy  
derecha a un yerro o cordel.  
Conoce mi amor, y sabe  
que antes que el papel acabe,  
mi vida acaba con él.  
¡Y envíame confecciones!

CELIA:

Ya sabes que es el más sabio,  
sin hacer, señora, agravio  
a los antiguos varones

que ha celebrado la fama,  
de cuantos su templo tiene.

JULIA:

Bien sé, Celia, que nos llama  
hijos a mí y a Roselo,  
y él solo este caso nuestro,  
desde su principio, sabe.  
Sé que es filósofo grave,  
y en aguas y yerbas diestro;  
pero temo que no sea  
alguna cosa tan fuerte  
que amor del Conde despierte,  
por el bien que me desea,  
y de Roselo me olvide.

CELIA:

Eso es desatino grave.  
Vuestro casamiento sabe,  
y antes el segundo impide.  
Él sabe que estás casada  
y que no puedes casarte,  
y pues para remediarte  
esta confección le agrada.  
Cierra los ojos y mira  
en el peligro que estás.

JULIA:

Bien dices: ni ha de ser más

el mal cuando el cuerpo espira.  
Y pues no puedo crecer,  
tomo el agua, Celia. Adiós.

CELIA:

¿Adiós? ¿Luego ya las dos  
no nos habemos de ver?  
Calla, que es para esforzarte  
en tantas melancolías.

JULIA:

¡Ay de las entrañas mías,  
Celia, el alma se me parte!  
¡Jesús!, ¿qué es lo que me has dado?

CELIA:

Señora, lo que me dio  
Aurelio.

JULIA:

Pues pienso yo  
que habrá las aguas errado,  
y que esta debió de ser  
de algún vaso de veneno.

CELIA:

¿Qué viste?

JULIA:

El pomo nos llevó.

Triste, ¿qué tengo de hacer?

CELIA:

¿Qué sientes?

JULIA:

Que me han rotpido  
del cuerpo todas las venas,  
y que tengo aliento apenas,  
acabado y oprimido.

Siento sobre el corazón,  
¡ay Jesús!, un grave peso,  
Celia.

CELIA:

Señora...

JULIA:

¡Qué exceso  
de rabia!

CELIA:

¡Estraña traición!  
¡Nunca yo hubiera nacido  
para ser la mensajera  
de tu muerte!

JULIA:

A Dios pluguiera  
que antes la hubiera traído.

¡Yo muero!, dile a Roselo  
si le vieres.

CELIA:

¡Ay de mí!

JULIA:

Dile que su esposa fui.  
Dile que le guarde el cielo.  
Dile que muero por él  
y por no ser de otro; y di  
que no se olvide de mí.

CELIA:

¡Qué congoja tan crüel!  
¡Qué color y qué sudor!

JULIA:

No puedo tenerme en pie.

CELIA:

¿Quiéreste acostar?

JULIA:

No sé.  
¡Qué triste fin de mi amor!  
Pero ya voy consolada  
con que mi Roselo vive.  
Celia, mi muerte le escribe.



CELIA: ¿Qué dices?

JULIA:  
No digo nada.  
¡Ay, ay, ay de mí, que muero!

CELIA:  
¡Ven a tu cama!

JULIA:  
Ya voy.  
Padre, de Roselo soy.

CELIA:  
Calla.

JULIA:  
¡Ni puedo, ni quiero!

(Váyanse, y entren FERNANDO y RUTILO, caballeros,  
con unos músicos.)

FERNANDO:  
Aquí podréis cantar.

RUTILO:  
Y vive enfrente  
el mismo que si saliera agora  
fueran sus rejas las del mismo Oriente.

MÚSICO:

Un forastero en ellas enamora,  
y aun a fe que le miran tiernamente,  
y él dice en sus papeles que la adora.

FERNANDO:

¿Es de Verona?

MÚSICO:

Sí.

FERNANDO:

¿Quién es?

RUTILO:

Roselo.

FERNANDO:

¿De tantas gracias le haya dotado el  
cielo?

RUTILO:

Sí, pero es vida que ningún discreto  
fundara en ella...

FERNANDO:

¡Basta!, ya lo entiendo.

RUTILO:

Yo sé que le persiguen de secreto  
los Castelvines.

FERNANDO:

Vana empresa emprendo.

RUTILO:

Dio muerte a Otavio. Vive tan sujeto,  
que de que compitáis con él me ofendo.

FERNANDO:

Canten algo los músicos.

RUTILO:

Detente,  
que pasa gente.

FERNANDO:

Y forastera gente.

(ROSELO y MARÍN, de noche.)

MARÍN:

¿Cómo te va de amor?

ROSELO:

Soy principiante,  
y entra con sangre la primera letra,

fuera de que no soy tan de diamante,  
que aquel agravio el alma me penetra.

MARÍN:

¡Que se casase Julia!

ROSELO:

No te espante,  
mas si del cielo un gusto amor impetra,  
Marín, venganza yo la pido al cielo.

MARÍN:

Los cielos te la den.

RUTILO:

¿Este es Roselo?

FERNANDO:

Si fuera Castelvín, no me parece  
que era mala ocasión.

RUTILO:

Llega, Fernando,  
y sepamos que busca.

MARÍN:

Aquí se ofrece  
gente, Roselo, que te está mirando.

ROSELO:

Caballeros: si puede y si merece  
pedir un forastero, caminando,  
que le dejéis la plaza, eso pregunto.

MARÍN:

Bien has hecho, que viene el mundo  
junto.

FERNANDO:

La playa, hidalgo forastero, queda  
en el fin de esa calle que pasaste.

ROSELO:

Dadme licencia que buscarla pueda.

FERNANDO:

En buena hora volved por donde  
entrastes.

ROSELO:

Si este es Roselo, del valor que hereda  
a su linaje, mal os informastes.

FERNANDO:

Como le siguen tantos, aunque es  
hombre,  
¿no os espantéis que de morir se  
asombre?

MÚSICO:

¿Cantaremos?

ROSELO:

No Silvio, que allí suenan,  
o me engaño, gentiles cuchilladas.

FERNANDO:

Las piedras rompen, y la calle atruenan.

RUTILO:

Vamos alla, sacando las espadas.

MÚSICO:

Para estas ocasiones se condenan,  
Rutilo, las guitarras más templadas.

RUTILO:

¿Ya es mal broquel, Mauricio, un  
instrumento?

MÚSICO:

Yo tengo por mejor un aposento.

(Vuelvan ROSELO y MARÍN, las espadas desnudas.)

ROSELO:

Bien se fingió la cuestión.

MARÍN:

Y allá van a ver lo que es.

SILVIA:

¡Ah, caballeros!

ROSELO:

Después  
te diré, Marín, quién son.

SILVIA:

¡Ah, gentiles hombres!

MARÍN:

A ti  
de aquel balcón te han llamado;  
que si el hombre he tomado  
desde aquí gentil nací.

ROSELO:

¿Qué manda vuesa merced?

SILVIA:

¿Quién son los de la cuestión?

ROSELO:

Si calláis, diré quién son.

SILVIA:

Sí haré, si me hacéis merced.

ROSELO: Sabed que somos los dos,  
y estos los mismos Aceros,  
para que seáis majaderos  
dejase de hablar con vós.  
Ellos van a ver lo que es,  
y nosotros nos volvimos  
donde hablaros merecimos.

SILVIA:  
¿Quién es?

ROSELO:  
Roselo Montés.

SILVIA:  
Vós seáis muy bien venido,  
mas mirad que os atrevéis  
a mucho.

ROSELO:  
Vós me debéis,  
señora, el ser atrevido.

SILVIA:  
¿Qué hay de cosas en Ferrara?

ROSELO:  
¡Ay!, que Julia se casó.

SILVIA:



¿Con suspiro?

ROSELO:

Nunca yo  
tuve en Julia fe tan rara.  
Déjelo así, por memoria  
de mis enemigos fieros.

SILVIA:

Aquí me pesa de veros.

ROSELO:

No hay pena con tanta gloria.

(ANSELMO entre.)

SILVIA:

Aquí dicen que he de hallar  
a Roselo en su posada.

MARÍN:

La gente desengañada  
vuelve a su puerto a causar.  
Retírate.

ROSELO:

Silvia bella,  
gente vuelve, no es razón  
que los habléis.

SILVIA:

El balcón  
cierra.

MARÍN:

¿Que hablaste con ella?

ROSELO:

¡Qué sé yo!, que estoy de suerte,  
que no doy paso, Marín,  
sin ser de mi vida fin  
y principio de mi muerte.

MARÍN:

Vámonos si estás sin gusto.

ROSELO:

Así entretengo mi mal;  
pero como estoy mortal,  
todo me causa disgusto.  
¡Ay Julia!, amor me combate,  
aunque el agravio me sigue.

MARÍN:

Un hombre llega.

ROSELO:

Llegue,  
y plegue a Dios que me mate.

MARÍN:

¿Quién va?

ANTONIO:

¿Quién le pregunta?

MARÍN:

Si no tiene  
que hacer en esta calle, tome margen.

ANTONIO:

Seguros pueden en cualquiera parte  
hablar vuestas mercedes; que he llegado  
de fuera en este punto y busco un  
hombre.

ROSELO:

Aquella voz parece que conozco.  
¿De dónde sois, señor?

ANTONIO:

Soy de Verona  
y aquí en Ferrara busco cierto hidalgo.  
Él es, no hay que dudar, Anselmo mío.  
¿Es Roselo?

ROSELO:

Yo soy.

ANSELMO: ¡Ah, buena suerte  
tengo el haberte hallado!

ROSELO:  
¿Qué hay de nuevo?

ANSELMO:  
Las cosas más estrañas y esquisitas  
que han sucedido eternamente.

ROSELO:  
¿Cómo?  
¿Casose Julia ya?

ANSELMO:  
No.

ROSELO:  
¿Pues qué cosas  
estrañas puede ser si no se casa?

ANSELMO:  
Diré hasta el fin, sin que te cause pena,  
y sabrás a que vengo, y lo que pasa.

ROSELO:  
Comienza Anselmo, y vamos poco a poco  
a la posada.

ANSELMO:

Escucha...

ROSELO:

Estoy muriendo,  
todo el sentido de tu voz suspendo.

ANSELMO:

Propuso a Julia su hija,  
ha tratado casamiento  
Antonio de Castelvín,  
pero ni el paterno imperio,  
ni los ruegos de su tío  
y regalos de sus deudos  
fueron parte a dar el sí;  
mas como el padre soberbio  
le hiciese fuerza, y quedase  
hecho, Roselo, el concierto,  
para la siguiente noche,  
cuando estaban previniendo  
libreas, vestidos, hachas,  
y la nobleza y el pueblo  
aguardando a ver al Paris  
robador de tus deseos,  
Julia, con mortales ansias,  
cayó difunta en el suelo.

ROSELO:

¿Qué dices?

ANSELMO: Ya te previne  
que me aguardaras primero.

ROSELO:  
¿Qué te tengo de aguardar,  
si mi Julia es muerta, Anselmo?

ANSELMO:  
Aguarda, que Julia vive.

ROSELO:  
Sí vive, vivo y espero.

ANSELMO:  
Toda lo noche lloraron  
con notable sentimiento,  
padres, deudos y ciudad.

ROSELO:  
Anselmo, amanece presto,  
que se me acaba la vida.

ANSELMO:  
Amaneció, pero viendo  
que no habló, ni tenía  
calor.

ROSELO:  
Anselmo, ¿qué es esto?  
para anochecer cansado,

amaneciste muy necio,  
si aun no vive, no es de día.

ANSELMO:

El día pasó, y creyendo  
su muerte.

ROSELO:

Si pasa el día,  
mira Anselmo que soy muerto.

ANSELMO:

A las cinco de la tarde  
se previno el triste entierro.

ROSELO:

Si entierras, Anselmo, a Julia,  
¿qué aguardo, Anselmo, y espero?

ANSELMO:

No se ha visto en la ciudad  
tan notable enterramiento.

ROSELO:

Mas que nunca para verle  
ojos le dieran los cielos.

ANSELMO:

Iban llorando detrás  
niños, mancebos y viejos.

ROSELO:

¿Qué aguardo que no me doy  
la muerte que ya deseo?

ANSELMO:

Espera.

ROSELO:

¿Qué he de esperar?  
O estás loco, o no te entiendo.  
¿Después de enterrada Julia,  
dices que espere?

ANSELMO:

No pienso,  
que tal historia se ha visto.

ROSELO:

Ni en mí mayor sufrimiento  
pensarás tú que he de ver.  
Que no se case me alegre,  
por muerte de un ángel.

ANSELMO:

Oye.

ROSELO:

¿Qué hay más que oír?



ANSELMO: Mucho.

ROSELO:

Temo  
que, como sangría, a pausas,  
por mensajero discreto  
me das Anselmo el dolor,  
para que no pierda el seso.

ANSELMO:

Yo que estaba en mi posada...

ROSELO:

¿Aun queda más?

ANSELMO:

Esto es bueno.  
Lo que queda es lo que importa.

ROSELO:

Si queda, estareme quedo.

ANSELMO:

Escucha, pues.

ROSELO:

Ya te escucho.

ANSELMO:

Enviome a llamar Aurelio,

y díjome desta suerte:  
«Todo su triste suceso,  
Anselmo, me escribió Julia,  
y al fin me dijo: Yo entiendo  
que cuando el papel acabes,  
acabaré, porque tengo  
hierro y cordel en las manos.  
Yo, viendo tan grave yerro,  
dió Celia un pomo de agua,  
que es un notable veneno  
que dos días naturales  
infunde un helado sueño.  
Llevole, y tomole Julia,  
pensando morir más presto.  
Parte volando a Ferrara,  
y dile, Anselmo, a Roselo,  
que queda Julia en su iglesia,  
en la bóveda que han hecho  
sus pasados, en que está  
de Otavio su primo el cuerpo.  
Que venga y de allí la saque,  
donde con mucho secreto,  
viva en Francia o en España.»

ROSELO:

Anselmo, de oírlo tiemblo,  
si despertase entre tanto,  
como es fuerza, pues sospecho  
que no podremos llegar,

aun por los aires, a tiempo,  
y se hallase a oscuras Julia,  
entre tantos cuerpos muertos,  
no se morirá de espanto.

ANSELMO:

No, que es mujer; caminemos,  
que Aurelio tendrá cuidado.

ROSELO:

Marín, ¿qué dices?

MARÍN:

Que el miedo  
no me deja respirar.

ROSELO:

Si he nacido para ejemplo  
de amadores desdichados,  
¡cielos!, ¿en qué me detengo?  
Julia, aguarda.

MARÍN:

Anselmo, espera.

ANSELMO:

¿Qué quieres?

MARÍN:

¿Hay muchos muertos

en esa bóveda?

ANSELMO:

Muchos.

MARÍN:

Pues a la puerta me quedo.

(El CONDE PARIS, con luto, y el SEÑOR DE VERONA.)

PARIS:

Por imposible tengo que mi vida  
pueda alegrarme.

VERONA:

Conde, el que es discreto  
sabe que la fortuna esta subida  
sobre un globo que baña el inquieto,  
con esto de las ondas impedida,  
ya con alegre, ya con triste afecto,  
conduce nuestras vidas a la muerte,  
los males junta y los contentos vierte.

PARIS:

Crea vuesa excelencia que si fuera  
dueño de mil tesoros, y del mundo,  
y por sus inconstancias lo perdiera,  
fuera en reír Demócrito segundo.  
Mas para ver que un ángel, que me

hiciera  
dichoso Paris, con dolor profundo  
de toda esta ciudad, difunto quede,  
falta el valor, porque el dolor excede;  
y así fuera después de la alegría  
que da la boda a los recién casados,  
un año, un mes, una semana, un día,  
templara este consuelo mis cuidados.  
Para que al dar el sí la mano fría,  
responda, que la fuerza de sus hados  
la lleva a los umbrales de la muerte.  
¿Qué bronce habrá para sufrir lo fuerte?

VERONA:

Antes fue más ventura que de un año,  
de un mes, de una semana, ni de un día,  
porque el amor creciera y fuera el daño  
mayor.

PARIS:

Ya fuera tal la dicha mía.  
No puede hacer a mi dolor engaño,  
consuelo alguno, aunque el valor porfía.

(Un CRIADO.)

[CRIADO]:

Antonio Castelvín hablar os viene.

VERONA:

Tomad ejemplo del valor que tiene.

(Entre ANTONIO.)

ANTONIO:

No vengo a lamentarme de mi suerte,  
ni a enterneceros con mi justo llanto,  
ni a deciros el hierro de la muerte  
en perdonar quien ha vivido tanto.  
Dicen que amor y muerte, en tiempo  
fuerte  
de invierno caminaban; no me espanto  
que caminase amor con quien podía  
templar su ardor, que es en extremo fría.

Dicen que en una venta que pararon,  
durmieron juntos, y que al despedirse,  
los arcos y las flechas se trocaron,  
que la luz comenzaba a descubrirse;  
con esto amor y muerte dispararon,  
los mozos comenzaron a morir  
y los viejos después a enamorarse,  
porque nunca pudieron destruirse.

Esto se ve en mi casa, pues es muerta  
Julia, mi hija, cuando a Otavio amaba,  
y yo, porque mi casa está desierta  
de quien sus mayorazgos heredaba,  
o por que así mi hermano lo concierta,

pues en los dos la sucesión se acaba,  
con su hija y mi sobrina me es forzoso  
casarme en esta edad.

PARIS:

¡Cuento donoso!

ANTONIO:

Yo que pensaba descansar contento,  
casada Julia, ¡ay cielos con el Conde!,  
con Dorotea trato casamiento;  
y a Julia, como veis, la tierra esconde.  
Este es el mundo. Sabe Dios que siento  
el ver que Dorotea corresponde  
al gusto de su padre, que ya toma  
cuidado de ir por la dispensa a Roma.

VERONA:

Si no hay otro remedio conviniente  
para las dos haciendas, será justo  
que os caséis, pues no hallaréis otro  
pariente  
que venga como vós, Antonio, al justo.  
Vuestra sobrina, en vós tendrá presente  
a su padre, y hará también su gusto,  
pues muerto Otavio y Julia, a vuestra  
hacienda  
no se podrá dar tal y igual prenda.

PARIS: Lo mismo digo yo que vuecelencia,  
y que os gocéis, Antonio, muchos años.  
En vós está mejor que en mí la herencia.

ANTONIO:  
No está, pero reparo ansí mis daños.  
Vine a pedirlos a los dos licencia  
y a daros de sucesos tan estraños  
la cuenta, que es razón.

VERONA:  
Soy en efeto  
hombre de edad, de canas y respeto.  
Mal dije hombre de edad, respeto y  
canas;  
mas no está aquí vuestra querida esposa;  
que todo ha de encubrise...

ANTONIO:  
A las livianas;  
que no a quien es doncella virtüosa.

PARIS:  
A todas es razón.

VERONA:  
Primas hermanas  
la edad y la injuria.



PARIS: Es cierta cosa.

ANTONIO:  
Venid los dos a ver a Dorotea.

PARIS:  
Con todo mi pesar, para bien sea.

(Vanse, y entre JULIA.)

JULIA:  
¿Adónde me ha traído  
mi desventura? ¿Cómo, si soy muerta,  
hablo y tengo sentido?  
¿Adónde estoy?, ¡o, sin ventana, o puerta,  
en tinieblas oscuras!  
Me niega el cielo ver sus lumbres puras.  
Que soy muerta es sin duda.  
Mas, ¡ay de mí!, ¿cómo no estoy agora  
de carne y voz desnuda?  
¿Qué casa es esta, y quién en ella mora?  
Mas, tan oscura y fuerte,  
sin duda que es la estancia de la muerte.  
Páreceme que toco  
cuerpos aquí y allí. ¡Cielos!, ¿qué es esto?  
Vuestra piedad invoco.  
Si a caso no soy muerta, ¿quién me ha  
puesto

donde los muertos viven,  
y en sus heladas cuevas me reciben?  
Y si, como me acuerdo,  
Aurelio me mató con aquel pomo,  
¿cómo, cielos, no pienso  
este cuerpo mortal que tengo; y cómo  
hablo y siento, y me asombro,  
todas las veces que la muerte nombro?  
Allí una lumbre veo:  
mira yo si en el infierno vivo,  
si he pasado el Leteo,  
y aquí la pena de mi amor recibo.  
La luz se va acercando,  
si no soy muerta, moriré temblando.

(Sale ROSELO con una linterna, y MARÍN, detrás, lleno de miedo.)

MARÍN:

¿No me dejarás a mí,  
y fuera mayor cordura,  
a que la puerta guardara?

ROSELO:

Anselmo basta que acuda  
a cualquier caso, Marín,  
entra pues. ¿De qué te turbas?

MARÍN: ¿No fuera mejor, señor,  
que entrara acá dentro el cura,  
con el hisopo y el agua?

ROSELO:  
Sube esa grada.

MARÍN:  
¿Que suba?

ROSELO:  
Pues bien, ¿quién te ha de comer?

MARÍN:  
¡Santo Dios!, ¿quién me rempuja?

(Caigan, y maten la luz.)

ROSELO:  
¡Maldito seas, amén,  
que habemos quedado a oscuras!

JULIA:  
¡Virgen santa, socorredme,  
que donde estoy es sin duda  
túmulo de mis mayores!

ROSELO:  
Hablan.

MARÍN:

¿Oyes voz alguna?

JULIA:

Sin duda el pomo de Aurelio  
era confección infusa  
en algún sueño, y mi padre  
me ha enterrado en esta tumba.

ROSELO:

¡Otra vez vuelven a hablar!

MARÍN:

¡San Pablo! Et ne nos inducas...

ROSELO:

Toma Marín esta vela,  
y en la capilla segunda  
de la iglesia enciende presto.

MARÍN:

¿Qué dices?

ROSELO:

Esto que escuchas.

MARÍN:

¿Cómo he de poder ir solo?  
¿No adviertes que me despulsa

el miedo?

ROSELO:

Acaba, cobarde.

MARÍN:

¡Otra vez! ¿Quién me rempuja?

ROSELO:

Quédate aquí, que yo iré.

MARÍN:

¿Aquí solo?

ROSELO:

¡Qué locura!

MARÍN:

¿Pues qué purga de riobarbo  
fuera más corriente purga?

JULIA:

A donde la luz estaba,  
oigo una voz que murmura,  
y aun parecen dos personas,  
si hablan después de difuntas.

ROSELO:

¿No sientes la voz agora?

MARÍN: La sangre dicen que busca  
el corazón, mas la mía  
ya pasa de la cintura.

ROSELO:  
Paréceme que allí hablan.

MARÍN:  
¿Piensas tú que no se juntan  
cuatro muertos habladores,  
que no hay diablo que los sufra?

ROSELO:  
¿Cómo haremos?

MARÍN:  
Yo qué se.

ROSELO:  
¿Tientas pared?

MARÍN:  
En la nuca  
he topado cierto muerto...  
¡San Antón, San Blas, San Lucas!

ROSELO:  
¿Qué hay?

MARÍN:

Topé con la barriga.  
¡Gordo estaba! ¡Brava enjundia!  
Aquí está una calavera,  
pero parece de mula.  
¡Jesús, Jesús, que me muerde!

ROSELO:

¿Qué es eso?

MARÍN:

Todo me ofusca.  
el dedo metí, Señor...

ROSELO:

¿Cómo?

MARÍN:

Entre dos tablas juntas,  
y pensé que me mordían.

ROSELO:

¿Qué atientas?

MARÍN:

¿Quién me rempuja?

ROSELO:

¿Dónde pusieron a Otavio?

MARÍN:

¿Eso me acuerdas? ¡Ayuda!

ROSELO:

¿Qué quieres?

MARÍN:

¡Misericordia,  
que no he tomado la bula!  
Perdóname.

ROSELO:

¿Yo de qué?

MARÍN:

De que me comí las truchas  
que faltaron la otra tarde,  
y las peras en azúcar.

ROSELO:

Acaba, necio.

JULIA:

**[Aparte.]**

¡Ay de mí!

Ya no hay a donde me encubra.

Ya se acercan, ya no hay  
más lugar a donde huya.

Hombres, ¿sois vivos o muertos?



(Caigan juntos.)

MARÍN:

¡Muerto soy!

ROSELO:

Mi muerte anuncia.  
¿Diéronte con algo?

MARÍN:

Sí.  
Si desta me escapo, nunca  
a bóvedas, ni bobadas.

ROSELO:

¡O amor, con tu luz me alumbra!

MARÍN:

Sin duda que aqueste muerto,  
como el abejón, se burla,  
que llama con la derecha  
y sacude con la zurda.

ROSELO:

Quiero animarme a llamar  
a Julia, a mi bien, Julia.

MARÍN:

¿Cosa que despierte Otavio  
con treinta muertos de runfla?

ROSELO:

¡Julia mía!

JULIA:

**[Aparte.]**

Aquella voz  
parece que me asegura;  
pero si es la voz de Otavio...  
Mas quiero llamarle en duda.  
¡Otavio!

MARÍN:

A Otavio llamaron.  
¡Agora nos desconjuntan!

ROSELO:

No soy Otavio.

JULIA:

¿Pues quién?

ROSELO:

Roselo.

JULIA:

¿Roselo?

ROSELO:

¿Dudas?

JULIA:

Dame unas señas.

ROSELO:

Anselmo  
me dijo que la profunda  
ciencia de Aurelio hizo el agua  
que fingió la muerte tuya;  
y él mismo a llamar me envía,  
porque mientras se deslumbra  
con este engaño, te saque  
de aquesta bóveda oscura.

JULIA:

¿Qué te di yo aquella noche,  
para nuestra desventura  
la primera?

ROSELO:

Unas reliquias.

JULIA:

¿Y tú a mi?

ROSELO:

Dos piedras juntas  
en un maridaje de oro.

JULIA:

¿Y a la mañana?

ROSELO:

Una pluma  
que llevaba de diamantes.

JULIA:

Las señas son muy seguras;  
pero en el primer papel,  
¿qué te escribí?

MARÍN:

¿Más preguntas?

ROSELO:

«Al esposo de mi alma».

MARÍN:

¡O, qué linda doña nutria!,  
diga si es viva o si es muerta,  
que hay entre los muertos nutrias  
que no son carne, ni huesos.

ROSELO:

Déjame.

MARÍN:

¿Qué te apresuras?

JULIA:

Llega, esposo de mi alma.

ROSELO:

Tu voz en mi pecho infunda  
la que me falta.

MARÍN:

Acabose;  
aquí el dolor se resuma.  
Pero mirad que parece  
muy tarde.

ROSELO:

Fuera locura  
decirte que tengo seso.

MARÍN:

Salid, porque no os descubra  
la luz del alba al salir.

ROSELO:

¿Dónde iremos?

JULIA:

Si procuras  
que estemos más encubiertos,  
hasta que la suerte cumpla  
sus términos en nosotros,  
y aquellas venganzas duren,  
en la hacienda de mi padre

nos librarán de su injuria  
dos hábitos de villanos.

ROSELO:

¡Ay!, temo que tu hermosura  
descubra nuestro concierto.

JULIA:

¿Cómo, si muerta me juzgan?

ROSELO:

Bien dices, sal por aquí.

MARÍN:

Aguardad.

ROSELO:

¿Qué quieres?

MARÍN:

Nunca  
soy amigo de ir detrás.

ROSELO:

Ayúdenos la fortuna.

(Dos labradores, padre y hijo, BELARDO y LORETO.)

LORETO:

Digo que vienen acá,  
y que ya partir los vi.

BELARDO:

¡Tantos señores aquí!,  
el cortijo es corte ya.

LORETO:

Vós, con vuestra siega y poda  
y libros de cultivar,  
no habéis querido escuchar,  
Belardo, la nueva boda.

BELARDO:

Hijo, ya no es para mí  
otro cuidado ni fiesta;  
pero di: ¿qué boda es esta,  
si antiyer entierros vi?

LORETO:

De esos entierros nació  
a la fe, padre, esta boda.

BELARDO:

¿Cómo, si la ciudad toda  
esta desgracia lloró?

LORETO:

Antonio, mueso señor,  
quedó sin Julia.

BELARDO:

Es verdad.

LORETO:

Su hermano con cantidad  
de hacienda, y de igual valor...

BELARDO:

También.

LORETO:

Tiene a Dorotea;  
y esta quiere hacer mujer  
de su tío, para hacer  
que uno el mayorazgo sea,  
y de su casa no salga,  
y a aquesto vienen acá.

BELARDO:

La razón entiendo ya,  
y es buena, así Dios me valga  
como Julia no apetezca  
después algún mozo rubio,  
y se lleve algún diluvio  
la hacienda, y todo perezca.

LORETO:

¡Pardiez, padre! mejor fuera  
que con ella me casara.



BELARDO:

¿Tú?

LORETO:

¿Pues quién?

BELARDO:

Bien se empleará.

LORETO:

¿Y es mejor  
que a un hombre quiera  
que tiene dos treinta y nueve  
sin poderse descartar?

BELARDO:

Llama a Tamar.

LORETO:

¡Ah, Tamar!

(TAMAR, villana, entre.)

TAMAR:

Que soy sorda, pensar debes.

LORETO:

Señor me mandó llamarte.

TAMAR:  
No te mandó darme voces.

LORETO:  
Por no verte tirar coces,  
muero, Tamar, por casarte.

TAMAR:  
¿Tú me has de casar a mí?

LORETO:  
Yo tengo por mujer,  
que no me habrás menester.

TAMAR:  
¿Llámasme padre?

BELARDO:  
Sí,  
límpiase toda esa casa,  
que viene el mundo a la güerta.

TAMAR:  
¿Quién, padre, si es Julia muerta?

BELARDO:  
Tamar, su padre se casa  
con la hija de su hermano.

TAMAR:

¿Pues a qué vienen acá?

BELARDO:

Mientras a pedir se va  
al Pontífice romano  
licencia y dispensación.  
Querrán que no esté en Verona.

TAMAR:

Todo la sangre lo abonas.  
No ha sido mala invención;  
mas yo sola no podre  
acudir a tantas cosas.

BELARDO:

Dos mozas, las más curiosas  
destas haciendas, traeré  
que te ayuden.

TAMAR:

Eso sí.

BELARDO:

Vamos, Loreto, a buscallas,  
a aquesto bien vas y callas.

LORETO:

Tierno soy, de vós nací.

BELARDO:

¿Fui yo muy tierno?

LORETO:

En verdad,  
que corazón tan movido  
no se ha visto, si se ha oído.

BELARDO:

Viví conforme a mi edad.

(Váyanse los dos.)

TAMAR:

Todo el mundo se casa, y todo el mundo  
anda al revés, los mozos a la tierra  
y los viejos al tálamo. No envidio  
la boda de la hermosa Dorotea,  
que más tengo en tener buena esperanza,  
que quien ruin posesión tiene y alcanza.

(Entren de villanos ANSELMO, ROSELO, MARÍN y  
JULIA, con sus hoces y sombreros.)

ANSELMO:

Paz sea en esta casa.

ROSELO:

Dios la guarde

a la señora della.

MARÍN:

Dios prospere  
el pan y el vino; amén.

JULIA:

Dios la dé un novio,  
señora, si está en cierne de casada,  
que se le envidien las que ya lo fueren,  
y las que no, de pura rabia lloren.

TAMAR:

El cielo, buena gente, los bendiga.  
¿Son desta tierra?

ROSELO:

Somos de Ferrara.

TAMAR:

Quitaos, por vida mía, labradora,  
el velo del rebozo y del sombrero.

JULIA:

No puedo agora, que la noche toda  
he caminado y vengo descompuesta.  
En tocándome, estoy para serviros.

TAMAR:

¿Y de cuál de los tres es la señora?

MARÍN:

Mía.

TAMAR:

Pardiez, que vós podéis ser bella,  
pero que ya tenéis bellaco gusto.  
¿Esto escogistes, donde están dos mozos  
cual los que veis?

JULIA:

¿Y vós cuál escogierades?

TAMAR:

Al mayor, por el talle y brío.

ROSELO:

¿A mí?, ¿no era mejor mi compañero?

JULIA:

Aunque esto burla es, de celos muero.

TAMAR:

Perdone Dios a Julia, mi señora,  
que tanto cuanto semejáis la cara;  
mas, ¿qué es lo que buscáis?

ANSELMO:

Labor buscamos.

TAMAR: Mi padre no está aquí, que él y mi hermano van a buscar dos mozas que me ayuden, que vienen a esta hacienda sus señores.

JULIA:  
¿Sus señores acá?

TAMAR:  
Como se ha muerto Julia, la hija de mi amo, quiere su hermano que se case con su hija, y en tanto que les da licencia el Papa, no quiere el viejo que en Verona viva, porque no se le antoje algún mancebo.

ROSELO:  
¿Oyes aquesto?

JULIA:  
¡Ay, triste!

ANSELMO:  
Si se casa tu padre, vuestra hacienda se destruye, y yo quedo también sin Dorotea, que desde el día del sarao la sirvo.

JULIA:  
Mejor lo haga el cielo; pues, hermosa,

ya que hemos venido a tan buen tiempo,  
yo la quiero ayudar, y estos zagaes la mano probarán por esas mieses.

TAMAR:

Pues alto vós subid a ese aposento,  
y ellos prueben la mano.

JULIA:

Adiós, señores.

ROSELO:

Adiós, Marcela.

ANSELMO:

Adiós.

MARÍN:

Estraño cuento.  
¿Qué fin han de tener vuestros amores?

(Éntrense los cuatro, y salgan ANTONIO y LIDIO.)

ANTONIO:

Que lleguen tarde a nuestra hacienda.

LIDIO:

¿Y no es mejor, si están los labradores



descuidados, señor, de tu venida?

ANTONIO:

¡Tamar!

TAMAR:

¡Señor Antonio de mi vida!

ANTONIO:

¿Sabe tu padre que a esta casa vengo?

TAMAR:

Sabe tu casamiento, y le desea.  
Solo tiene el cuidado que yo tengo  
de que tan presto como dicen sea.

ANTONIO:

Lo que me puede suceder, prevengo.  
Soy viejo y es muchacha Dorotea;  
que si un año las bodas dilatara,  
nuestra esperanza y sucesión burlara.

Bien quisiera avisaros; no he podido,  
que luego al punto me mandó mi  
hermano  
sacar a Dorotea.

TAMAR:

Justo ha sido,  
que no es lícito el trato cortesano  
a quien ha de esperar viejo marido;

que al bozo rubio siempre envidia el  
cano.

ANTONIO:

¿Soy muy viejo, Tamar?

TAMAR:

No eres muy viejo.  
¿Nunca tus canas te mostró tu espejo?

ANTONIO:

Vete a hacer tus haciendas.

TAMAR:

En tratando  
de los años, a un viejo pierde el seso.

(Váyase.)

ANTONIO:

Ve, Lidio, a ver si vienen.

LIDIO:

Voy volando.

(Váyase.)

ANTONIO:

Bien sé que en esta edad ha sido exceso;  
pero voy el remedio procurando  
de nuestra sucesión; y no es suceso  
en el mundo tan nuevo; que esta culpa,  
en mil ejemplos hallará disculpa.

Bajando va la fría, oscura noche,  
por las gradas de sierras enlutadas  
en su medroso coche, y nuestro coche  
no llega a estas paredes enramadas,  
pues no es razón que Dorotea trasnoche.  
Estas palabras son enamoradas.  
No hay cana edad que tanto enmudezca.

**(Ruido en alto.)**

¡Válgame el cielo!, ¿qué ruido es este?  
Pues no son truenos del airado cielo;  
parece que la máquina celeste,  
rota de sus dos quicios, viene al suelo.  
Valor mi sangre en tanta edad me preste,  
¡Qué triste voy! Todo me eriza el pelo.

(Arriba, JULIA.)

JULIA:

¡Padre!

ANTONIO:

La voz conozco, muerto quedo.

JULIA: ¡Padre!

ANTONIO:  
Esta es Julia, o me la forma el miedo.

JULIA:  
Oye, ingrato padre mío,  
si acaso sentido tienes,  
estas últimas palabras,  
aunque después de mi muerte.

ANTONIO:  
Hija, ¿eres tú?

JULIA:  
¿No conoces  
mi voz? Pero bien parece  
que hasta mi voz olvidaste.

ANTONIO:  
Hija, ¿adónde estas? ¿Qué quieres?

JULIA:  
Padre, pues del otro mundo  
vengo a hablarte; escucha, atiende...

ANTONIO:  
Hija, aunque tu voz conozco,  
el no verte me entristece.

JULIA: ¿Quieres que salga en la forma que estoy, y a ti me presente?

ANTONIO:  
No, hija, que no me siento con fuerzas. Háblame y vete.

JULIA:  
Yo me maté por tu causa.

ANTONIO:  
¿Por mi causa?

JULIA:  
Claramente.  
Tú me casabas por fuerza.

ANTONIO:  
Mi intento fue bueno.

JULIA:  
Advierte  
que el Conde me merecía,  
mas no quiso amor que fuese  
mi esposo, porque ya estaba  
casada.

ANTONIO:  
Culparte debes  
a ti misma en no decirme

lo que tan tarde me ofreces.  
Dijérasme: «Padre mío,  
yo soy mujer flaca y débil;  
caseme contra tu gusto,  
yerros de amor oro tienen.»  
Perdonárate yo entonces,  
que no es posible eligieses  
hombre tan vil, siendo cuerda,  
y en virtud y ingenio un fenis.

JULIA:

Cualquier hombre te dijera,  
por vil y bajo que fuese;  
y no puede el que me dio  
para marido mi suerte.  
Casome Aurelio con él,  
que hasta tanto que tuviese  
la bendición de la iglesia,  
no fue posible moverme.  
Dos meses fue mi marido.

ANTONIO:

¿Que no se supo en dos meses?

JULIA:

No padre, porque el peligro  
no hay cosa que más enfrene.  
Pues como me vi casada,  
y que casarme pretendes,

dime la muerte, y estoy  
a donde imaginar puedes.  
Pues te casas, padre mío,  
yo te doy mil parabienes,  
que no es mi intención agora  
que tu casamiento dejes.  
Solo te pido que honres,  
y que en paz y amistad quedes  
con el que fue mi marido,  
y que su muerte no intentes,  
que si lo haces te juro  
que los días que vivieres,  
con el fuego que me abrasa  
cada noche te atormente.

(Váyase.)

ANTONIO:

Pues dime quién es el hombre.

JULIA:

El que a Otavio dio la muerte,  
el hijo del que sustenta  
tus enemigos Monteses,  
Roselo, padre, se llama.

ANTONIO:

Oye hija, escucha. Fuese.

¡Roselo!, ¡quién tal pensara!,  
el nombre solo me ofende;  
mas yo te doy la palabra  
de respetarle y tenerle,  
por haber sido tu esposo,  
por hijo mientras viviere.

(Entren TEOBALDO y DOROTEA, el CONDE PARIS, y  
alabardas, ANSELMO y ROSELO y MARÍN, atados.)

TEOBALDO:

Pasad adelante, infames.

ANTONIO:

¿Qué es esto?

TEOBALDO:

Tu buena suerte.  
Alégrate, que ya el cielo  
en tu favor amanece.

ANTONIO:

¿Qué gente es aquesta, hermano?

PARIS:

¿No conoces esta gente?  
Roselo es este.

ANTONIO:



¿Roselo?

TEOBALDO:

Roselo Montés es este;  
que, en el hábito que miras,  
el cielo quiso que fuese  
de mi gente conocido.  
No le he muerto, por hacerte  
deste y de sus dos amigos,  
como a yerno, igual presente.  
Belardo, que viene aquí,  
con solo no conocerle,  
de tenerle se disculpa  
en tu hacienda.

BELARDO:

Bien entiendes  
que si yo le conociera,  
te escusara de ponerte  
en ocasión de matarle.

TEOBALDO:

Si ofender al cielo temes,  
mira, hermano, de qué modo  
pretendes que le atormenten:  
¿Quieres que a un árbol le ligen?,  
¿quieres que todos le flechen?,  
¿quieres que le tiren balas?  
Habla, pues. ¿Qué te suspendes?

ANTONIO:

Paris, Teobaldo y vosotros,  
todos los que estáis presentes  
oigo.

TEOBALDO:

¿Qué muerte?

ANTONIO:

Ninguna;  
que Roselo vivir tiene.  
Mi hija, amigos, mi hija,  
a donde estáis me aparece,  
y me dice que Roselo  
era su esposo.

TEOBALDO:

Detente.

ANTONIO:

No hay que detener, Teobaldo,  
por no sufrir que la fuerce  
al casamiento del Conde,  
con ponzoña se dio muerte.  
Dice que ha de atormentarme,  
si más su enemigo fuere,  
con el fuego que la queme.

TEOBALDO:

Sospecho que te arrepientes,  
y que esas quimeras finges.

ANTONIO:

Hermano, si no lo crees,  
esta noche, y aun agora,  
podrá ser que venga a verte.

TEOBALDO:

No, no, Antonio, estese allá.  
Yo lo creo.

ANTONIO:

Pues advierte  
que Roselo fue mi hijo,  
y que serlo tuyo tiene.  
Hoy le has de dar a tu hija,  
yo no la quiero, ni verme  
en mas desdichas.

TEOBALDO:

Mi hija.

ANTONIO:

Tu hija, para que quede  
hoy nuestra paz confirmada.

PARIS:

Cuando los cielos decreten  
que las paces destos bandos

desta suerte se comiencen,  
no hay que replicar, Teobaldo.  
A Roselo le promete  
tu hija.

TEOBALDO:

Sin nuestras paces,  
así el cielo ordena y quiere.  
Yo se la doy.

(JULIA salga.)

JULIA:

Eso no,  
¡oh, traidor, con dos mujeres!

DOROTEA:

¿Es esta Julia?

TEOBALDO:

Ella es.

JULIA:

Nadie huya.

PARIS:

Julia, tente.

JULIA:

Padre, mira que estoy viva.  
Vuelve tío, padre vuelve.

TEOBALDO:

¿Qué nos quieres, Julia, di?

PARIS:

Dime, esposa, ¿qué nos quieres?

JULIA:

No soy tuya, conde Paris,  
de Roselo soy.

PARIS:

No pienses  
que te quiero ni verte yo.

JULIA:

Viva estoy.

ANTONIO:

Hija, si vives  
en el alma sola, ¿qué intentas?  
¿Quieres que otra vez te entierren?

JULIA:

Viva estoy, que aquel morirme  
fue por un veneno fuerte.  
Roselo me trujo aquí.  
Habla, esposo, que ya puedes.

ROSELO:

Yo la saqué del sepulcro,  
y así es mi mujer dos veces.

PARIS:

Y yo digo que otras tantas  
de derecho se le debe.

ANTONIO:

Dale la mano, y a mí  
los brazos.

JULIA:

Padre, detente,  
porque primero a mi prima  
cases con quien la merece.

TEOBALDO:

¿Quién es?

JULIA:

Anselmo.

ANSELMO:

Yo soy,  
mis partes sabréis en breve.

ANTONIO:

No es tiempo, dale las manos.

MARÍN:

¿Y a mí no hay quien me consuele?  
¿No hay quien me paga el sacar  
esta muerte?

JULIA:

Razón tiene.  
Celia es suya y mil ducados.

ROSELO:

Senado, pues ya se entiende  
lo demás, aquí dan fin  
Castelvines y Monteses.

**Fin desta comedia**

❧ Fin ❧

# Sobre esta edición electrónica

Este libro electrónico proviene de la versión en español de la biblioteca digital [Wikisource](#)<sup>[1]</sup>. Esta biblioteca digital multilingüe, realizada por voluntarios, tiene el objetivo de poner a disposición de todo el mundo el mayor número posible de documentos públicos de todo tipo (novelas, poesías, revistas, cartas, etc.).

Lo proporcionamos de manera gratuita gracias a que los textos utilizados son libres de derechos o están bajo licencia libre. Puede utilizar nuestros libros electrónicos de manera totalmente libre, con finalidades comerciales o no, respetando las cláusulas de la licencia [Creative Commons BY-SA 3.0](#)<sup>[2]</sup> o, según sea, de la licencia [GNU FDL](#)<sup>[3]</sup>.

Wikisource está constantemente buscando nuevos colaboradores. No dude en colaborar con nosotros. A pesar de nuestro cuidado puede ser que se escape algún error en la transcripción del texto a partir del facsímil. Puede avisar de errores en [esta dirección](#)<sup>[4]</sup>.

Los siguientes contribuidores han permitido la realización de este libro:



- Cárdenas
  - CalendulaAsteraceae
  - Shooke
  - Armando12~eswikisource
- 

1. [↑ https://es.wikisource.org](https://es.wikisource.org)
2. [↑ https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es)
3. [↑ https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html](https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html)
4. [↑ https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar\\_de\\_un\\_error](https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar_de_un_error)